



Nahuel Moreno

**La Revolución
Latinoamericana**

Nahuel Moreno

La Revolución Latinoamericana

Primera Edición: Palabra Obrera, 1962

Segunda Edición (Internet): *CEHUS*, 2018

Diseño de tapa e interior : Daniel Iglesias

www.nahuelmoreno.org

www.uit-ci.org

www.izquierdasocialista.org.ar

Copyright by *CEHUS* Centro de Estudios Humanos y Sociales
Buenos Aires, 2019
cehus2014@gmail.com



Índice

Prefacio a la segunda edición	5
¿Por qué esta reedición?	5
Prólogos	7
Capítulo I	
La primera colonización	8
Carácter capitalista de la colonización americana	9
Contradicciones y diferencias en la colonización	10
La colonización argentina	11
La colonización del Brasil	12
Capítulo II	
La primera independencia y las organizaciones nacionales.....	14
Lo interno y lo externo en nuestra historia.....	14
Características de los imperios español y portugués.....	15
Decadencia relativa de España y Portugal	15
Las burguesías regionales desarrolladas por España	15
La independencia latinoamericana.....	16
La organización nacional de los distintos países latinoamericanos	16
Capítulo III	
Cuba, primer estado obrero de América	18
Introducción: El plan de colonización del imperialismo yanqui, nuestro principal enemigo (Enero de 1955).....	18
Las cuatro etapas de la revolución cubana (junio, 1960).....	21
La primera etapa: el putsch	21
El putsch se transforma en revolución	22
El imperialismo y la patronal desvían la revolución	22
Se ensancha la revolución.....	23
La revolución y el movimiento obrero mundial	23
Distintas interpretaciones de la revolución.....	23
El futuro de la revolución	24
La quinta etapa de la revolución cubana (agosto 1961).....	24
Cuba, ¿primer estado socialista?.....	25
La liquidación de las viejas direcciones.....	26
Necesidad de precisar la definición del estado cubano (abril 1961)	27

Capítulo IV

La revolución conmueve los cimientos de Latinoamérica 29

- 1) Un cambio en la relación de fuerzas imperialismo– masas y países latinoamericanos 29
- 2) Un cambio en la relación de fuerzas entre las masas y las oligarquías nativas.... 30
- 3) Aceleramiento de la crisis del imperialismo yanqui 31
- 4) Crisis de los viejos partidos nacionalistas y surgimiento de un nuevo movimiento latinoamericano 31
- 5) Aceleración de la crisis de los partidos comunistas..... 32
- La etapa actual de la revolución 32

Capítulo V

La experiencia de Cuba y las masas latinoamericanas..... 35

- La teoría y el programa de la revolución permanente 35
- La revolución cubana exige hacer la revolución democrática 36
- Las clases y las regiones en el proceso revolucionario 37
- Derrocar los gobiernos cipayos imponiendo gobiernos obreros, campesinos y populares 38
- Oponer al plan de la Alianza para el Progreso el de la federación de estados latinoamericanos 39
- Las tareas mínimas y máximas 40
- La lucha armada, las guerrillas y la insurrección 40
- Revolución agraria: sindicatos y milicias armadas para defenderla 41
- Los nuevos frentes democráticos nacionalistas y nuestra intervención como revolucionarios..... 42
- Del frente único revolucionario a los partidos únicos revolucionarios..... 43

Capítulo VI

Los problemas teóricos que plantea la Revolución Cubana 44

- La teoría del desarrollo combinado y las etapas revolucionarias 46
- La teoría del desarrollo combinado y la guerra de guerrillas 47
- La teoría de la revolución permanente y la guerra de guerrillas 48
 - a) En relación a las regiones revolucionarias 48
 - b) En relación a la clase de vanguardia..... 49
- Posibilidades de la dictadura del proletariado en los países atrasados, antes y después de la revolución..... 49
- La relación entre los factores objetivos y subjetivos 50
- Los movimientos democráticos, nacionalistas y campesinos 52

Prefacio a la segunda edición

¿Por qué esta reedición?¹

La revolución latinoamericana es un folleto que reúne distintos textos de Nahuel Moreno editado por Palabra Obrera en 1962. Buena parte de su contenido se hallaba presente en las discusiones y resoluciones realizadas por el congreso de este partido el año anterior a su publicación, en abril de 1961.

En razón de ello resulta menester preguntarse por qué incluir como anexo documental un material editado seis años antes de la polémica reflejada en este libro. Centralmente, la explicación recae en que, en diversos análisis (políticos e históricos) posteriores a la ruptura del PRT se analizó la importancia de *La revolución latinoamericana* como la representación más fehaciente de un supuesto viraje en el seno de la corriente morenista hacia una comunión con el paradigma guevarista subsidiario de la revolución cubana y su estrategia de poder. Como se analizó en el presente libro, resulta evidente que se trató de un momento de acercamiento por parte de la tendencia liderada por Nahuel Moreno hacia ciertos elementos provenientes del insumo teórico emanado del proceso cubano. No obstante, como se sostuvo, la presencia de ellos no elimina los importantes matices y advertencias que el folleto realizaba en torno a sus premisas y la imposibilidad de su aplicación lineal a otras realidades.

Se impone más aún la necesidad de reflotar este documento dado que, al momento de producirse la ruptura del PRT en 1968, la tendencia que se enmarcaría tras la figura de los hermanos Santucho reivindicaría este trabajo sosteniendo la necesidad de retomar sus preceptos centrales y evitar un supuesto alejamiento del mismo que esta corriente posteriormente habría realizado para tomar una senda “espontaneísta” para la toma del poder. Como se desprende del desarrollo esgrimido, resulta paradójica esta afirmación si se tiene en cuenta que, con anterioridad a la fusión de las dos organizaciones que darían origen al PRT, la corriente morenista ya había elaborado diversos documentos polémicos y críticos respecto de la concepción hacia la guerra de guerrillas que se impulsaba desde Cuba, y que ya estaban mencionados en el folleto. De hecho, los posicionamientos que distanciaban a Moreno del paradigma guevarista no fueron un impedimento para la conformación de un flamante partido en el año 1965.

Por otro lado, aún es más notable que la historiografía que trató el derrotero del PRT (particularmente, aquella que tomó la trayectoria post-ruptura de la corriente santuchista) haya tomado también este folleto como un factor explicativo del acercamiento entre la corriente morenista y el grupo norteño de los Santucho. Por ejemplo, el trabajo de Weisz (2004) afirma que el acercamiento entre el morenismo y el FRIP [Frente Indoamericano Revolucionario y Popular] se produjo en un momento en el que la primera de estas dos corrientes expresaba su momento más proclive al esquema revolucionario cubano del que luego se distanciaría.

¹ El folleto ha sido reeditado por primera vez en 56 años como anexo documental de la segunda edición corregida y aumentada del libro *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada; Moreno, Santucho y la ruptura del PRT*, por Martín Mangiantini, Editorial Cehus, Buenos Aires, diciembre 2018. Este prefacio está tomado de este libro.

Otro tipo de ensayos como, por ejemplo, determinadas historias militantes, señalaron que el análisis que Moreno realizó sobre la revolución cubana correspondió a una incorrecta aplicación de la teoría trotskista sobre este proceso histórico (Werner y Aguirre, 2007), o bien, que directamente se trató de un escrito revisionista que se encontraba en las antípodas del marxismo adscribiendo a la “lógica foquista” (Coggiola, 2006).

En relación con estas polémicas y dado que, por lo general, La revolución latinoamericana fue un documento referenciado o mencionado, pero escasamente difundido o abordado de modo completo y sistemático, en esta segunda edición de *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada* resulta pertinente su incorporación a modo de anexo de manera tal de dar a conocer su contenido de manera acabada.

Desde ya, resulta ineludible ubicar este folleto en el clima de efervescencia que englobó el derrotero inicial de la revolución cubana y, al mismo tiempo, sería erróneo abordar exclusivamente la lectura de este documento para revisar cuáles fueron los posicionamientos que el morenismo sostuvo alrededor de la revolución cubana, el castrismo y el guevarismo. No obstante, la puesta en conocimiento de este trabajo de un modo completo es también un modo de profundización y discusión con aquellos posicionamientos antes mencionados que sostuvieron la presencia de un viraje teórico radical en las caracterizaciones que realizó esta corriente trotskista alrededor de los paradigmas alrededor de la violencia política y la estrategia a sostener como parte de un proyecto revolucionario.

Martín Mangiantini

Prólogos

A un dirigente sindical chileno le cabe el mérito de haber acuñado una frase que tal vez llegue a ser histórica por lo bella y acertada: “Desde la revolución cubana la revolución mundial ha comenzado a hablar en castellano”.

Este libro trata de la revolución que habla nuestra lengua. Su autor ha reunido sus últimos trabajos con otros de data anterior sobre historia y política latinoamericana, para mostrar la continuidad de pensamiento y acción de su partido. Desde luego continuidad no significa ni síntesis ni perfección. El lector podrá comprobar las deficiencias del pensamiento y cómo en algunos casos se van corrigiendo al paso de los años y las hojas. Anotamos un ejemplo: los capítulos sobre la colonización americana fueron estudiados antes que los de la emancipación y la formación de las organizaciones nacionales, con la secuela previsible de errores y lagunas. Esa falta metodológica se debe a que el autor, influido por la izquierda tradicional en sus primeros años, llegó mucho más tarde a lo específico de lo nacional, que a lo específico de lo internacional.

Tal vez sorprenda un prólogo destinado a señalar los errores del libro. Pero es tanta la pedantería y el dogmatismo de los teóricos de izquierda, que el autor quiere adoptar una actitud extremadamente autocrítica como homenaje a ese ejemplo de revolución anti dogmática que es Cuba. Cree que con ese método podrá ser parte de la magnífica vanguardia revolucionaria liberada por la revolución cubana que —como quería Marx— reemplazó las armas de la crítica, por la crítica de las armas. Aclarando que el autor no cree ser dueño de la verdad, y que por eso es necesario verificar cuidadosamente sus afirmaciones que deben tener muchos errores —porque por alguna razón sus compañeros todavía no han dirigido ninguna de las revoluciones triunfantes— se impone afirmar que no se autocrítica en lo esencial de sus actitudes, pasadas y presentes. Por eso este trabajo, que es un llamado al estudio anti dogmático, lo es también a la continuidad y consecuencia en la teoría y la práctica revolucionaria.

Nahuel Moreno

Buenos Aires, marzo de 1962,

Llamará la atención el carácter extremadamente sintético de este trabajo que intenta formular una teoría general de la revolución latinoamericana. La concisión que es una deseable y nada frecuente cualidad teórica, en este caso puede ser una limitación, de modo que debemos explicar sus causas.

Digamos solamente que en este mes de la dictadura militar argentina y en este año de la revolución latinoamericana ningún militante revolucionario puede arrancar demasiados minutos vitales a una actividad diaria separada por un abismo de la paz de los gabinetes. Ese ha sido el problema de Moreno y los editores y de los propios manuscritos que acompañando al autor atravesaron vicisitudes recientemente recogidas por una crónica periodística de la revolución continental.

Aníbal Molière

Buenos Aires, octubre de 1962,

CAPÍTULO I

La primera colonización¹

Mistificación liberal y seudo marxista de la conquista americana

Un mito fabricado por los historiadores liberales, atribuye el atraso actual de Latinoamérica a la colonización española y portuguesa, y el adelanto de Norteamérica, a la colonización inglesa. Pero no sería honesto achacar esa mentira a los liberales exclusivamente. También existe una *intelligentzia* amansada en la penetración imperialista, y una metodología e interpretación escudada en el seudo marxismo, que colaboran activamente con la mistificación liberal.

En líneas generales, el marxismo latinoamericano, metodológica e interpretativamente, no ha superado todavía la etapa embrionaria. Es, a lo sumo, una aproximación al verdadero marxismo. Mariátegui² es un buen ejemplo de este marxismo latinoamericano, digno de admiración y respeto, pero que no sabe elevarse a una verdadera comprensión y metodología revolucionaria. Para ellos, ser marxista, era fundamentalmente aceptar la existencia de la lucha de clases, la importancia del factor económico, y en algunos casos, la necesidad de la revolución obrera. Después se limitaban a aplicar el método positivista aprendido en la universidad oficial, conformándose con hacer una mera superación formal, en los términos, del mismo.

Donde mejor se muestra como apéndice de las concepciones burguesas es en el terreno de la investigación e interpretación histórica. José Mariátegui, Rodolfo Puiggrós,³ etc., hacen suyo el mito liberal, y transforman lo racial en categorías económicas al igualar colonización española feudal, y colonización inglesa capitalista.

Puiggrós nos dice: “La conquista del territorio americano y sus habitantes, y su incorporación a los dominios de la corona de España fue una obra de conquistadores feudales, de los continuadores de aquellos que habían luchado contra los moros y que antes habían engrosado los ejércitos de las cruzadas. Toda campaña feudal europea, ya sea en el norte contra los eslavos, en el este contra los turcos, en el oeste contra los sajones y los germanos, o en el sur contra los árabes, ha sido llevada adelante bajo el signo de la cruz de Cristo.

“La conquista de América por España, forma parte del proceso y la expansión del feudalismo se verifica cuando éste ya ha entrado en decadencia. España volcó en América los elementos de su régimen feudal descompuesto. El poder de la monarquía se afianzó al entregar a sus vasallos vastos territorios, cuantiosas riquezas y millares de seres humanos sometidos a las rudezas y crueldades de la servidumbre.” (*De la colonia a la revolución*, 2a. ed. Ed. Lautaro, p.16.)

1 Divulgado en forma de tesis en copias a máquina en 1948. Fue reproducida en la revista *Estrategia* N° 1, de 1958, por Palabra Obrera.

2 **José Carlos Mariátegui** (1894–1930), fue un escritor, periodista, y pensador político marxista peruano. Autor prolífico a pesar de su temprana muerte, es uno de los principales estudiosos del marxismo en Iberoamérica. Su obra más importante fue *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928). Marxista autodidacta, Mariátegui insistía que la revolución socialista evolucionaria orgánicamente en América Latina sobre la base de las condiciones y prácticas locales, y no de la aplicación mecánica de la fórmula europea. [Editor]

3 **Rodolfo José Puiggrós** (1906–1980) fue un escritor, historiador, periodista y político argentino. Su obra comprendió numerosos libros y artículos sobre historia argentina y latinoamericana y sobre historia de la filosofía. [Editor]

Pero a Puiggros hay que descubrirle el mérito de haber comprendido al menos que “el descubrimiento de América fue una empresa llevada a cabo por comerciantes y navegantes del Mediterráneo”. Lástima que después interprete que “el capital comercial había cumplido su función al tender un puente por el cual el feudalismo español se trasplantó a América”. Sobre la colonización inglesa Puiggros también es categórico: “América sajona fue colonizada un siglo más tarde en condiciones diferentes. Los ingleses que arribaron en el Mayflower y que siguieron llegando desde 1620 a 1640 trasplantaron al nuevo continente los gérmenes del desarrollo capitalista que traían de su patria originaria. En oposición a esa colonización del noreste de los Estados Unidos, la inmigración de los “cavaliers” verificada después de la revolución burguesa de 1648 que derrocó a los Estuardo, estaba integrada, a diferencia de la primera, por elementos feudales encabezados por parte de la nobleza desplazada del gobierno y expropiada de sus tierras. Esta inmigración se estableció en el sur, en Virginia e implantó formas de producción y hábitos de vida, que correspondían a su origen feudal. La explotación del trabajo de indios y negros en forma servil y esclavista constituyó su base social. Mientras la corriente inmigratoria burguesa impuso la pequeña propiedad y el desarrollo manufacturero de los núcleos urbanos, la corriente inmigratoria feudal se afirmó en la gran propiedad y en la economía doméstica.” (Págs. 23 y 24, op. cit.)

Hasta aquí la fábula, el mito liberal adornado con fraseología marxista. Veamos ahora la realidad.

Carácter capitalista de la colonización americana

La colonización española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa en América fue esencialmente capitalista por sus objetivos: organizar la producción y descubrimientos para efectuar prodigiosas ganancias y para colocar mercancías en el mercado mundial. Si no inauguró un sistema de producción capitalista fue porque no había un ejército de trabajadores libres en el mercado y los colonizadores, para poder explotar capitalistamente a América, se vieron obligados a recurrir a relaciones de producción no capitalistas, la esclavitud y la semiesclavitud de los indígenas.

Los pilares de la colonización son: producción y descubrimientos por objetivos capitalistas, relaciones esclavas o semiesclavas y formas y terminologías feudales (igual que en el capitalismo mediterráneo).

Como tantos historiadores liberales, Puiggros confunde decadencia del capitalismo mediterráneo con avance del feudalismo. No hay un feudalismo español colonizador de América, sino un extraordinario desarrollo del capitalismo español que ya ha comenzado su decadencia cuando descubre el nuevo continente. El descubrimiento no hará más que acelerar aún más su decadencia y desarrollará el nuevo capitalismo noroccidental que ya estaba desplazando al mediterráneo antes del descubrimiento. (Véase capítulo siguiente).

Tanto el mediterráneo como el noroccidental son formas capitalistas, aunque el primero esté impregnado de aristocratismo y rasgos feudales con un carácter comercial, usurario, local e internacional, y el segundo sea manufacturero y nacional.

Toda la colonización americana es capitalista salvo en una zona: el noreste de los Estados Unidos. A esa región llegaron los europeos que querían tierras, clima y producción como los de Europa, pero que no pensaban comerciar con sus países natales, y que, por otra parte, se autoabastecían de los productos agrarios. Esa colonización tuvo el objetivo de la tierra para implantar una pequeña producción autoalimentada y dio origen a un campesinado que colocaba en el mercado un pequeño sobrante, continuador, desde una perspectiva histórica, del campesinado independiente colonizador del medioevo europeo.

Paradójicamente, el sur de los Estados Unidos y Latinoamérica fueron colonizados en forma capitalista, y no desarrollaron relaciones capitalistas típicas y el noreste americano lo fue en una forma feudal, que no originó relaciones feudales.

Contradicciones y diferencias en la colonización

Latinoamérica y el sur de los Estados Unidos tuvieron una producción capitalista especialmente organizada para el mercado mundial, con relaciones de producción precapitalistas. Por su parte el norte de América fue una región colonizada por oleadas de pequeños campesinos que no soportaron las relaciones de producción pre-capitalistas y en consecuencia se constituyeron durante siglos en un mercado interno de crecimiento continuo. El noreste de los Estados Unidos heredó todas las ventajas del feudalismo europeo, esto es, la pequeña producción agraria, sin sus tremendas desventajas: la clase terrateniente feudal parasitaria de la futura producción burguesa.

Marx ya había previsto esta contradicción de las colonizaciones. En *Historia Crítica de la Plusvalía* compara de pasada los dos tipos de colonización rebatiendo por anticipado a Puiggrós: “Aquí hay que distinguir dos tipos de colonias; en el primer caso se trata de verdaderas colonias, como las de Estados Unidos, Australia, etc. En éstas, las masas de colonos dedicados a la agricultura, aunque hayan aportado de la metrópoli un capital más o menos grande, no forman una clase verdaderamente capitalista, y menos todavía su producción, es una producción capitalista. Son en mayor o menor extensión campesinos que trabajan para sí y cuya preocupación primordial es procurarse sustento, producir sus propios medios de vida, por cuya razón su producto fundamental no tiene carácter y forma de mercancía, pues no se destina al comercio. El sobrante de sus productos, después de cubrir su propio consumo, lo vende o cambia por artículos manufacturados de importación. Otra parte de los colonos, más reducida, establecida en la costa, en la ribera de los ríos navegables, etc., crea ciudades comerciales. Pero tampoco sus actividades pueden calificarse, en modo alguno, de producción capitalista. (...)”

“En la segunda clase de colonias —las plantaciones, que son, desde el momento mismo de crearse especulaciones comerciales, centros de producción para el mercado mundial— existe un régimen de producción capitalista aunque solo de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado, que es la base sobre la que descansa la producción capitalista. Son sin embargo capitalistas los que manejan el negocio de la trata de negros. El sistema de producción introducido por ellos, no proviene de la esclavitud, sino que se injerta en ella. En este caso el capitalista y el terrateniente son una misma persona.” (Pág. 331 y siguientes, tomo II, Ed. F.C.E.).

Un conquistador español o portugués es el primo hermano del dueño de los yerbatales de principios de siglo popularizado por leyendas y novelas. De hecho o de derecho, el trabajo de los mensúes⁴ era casi esclavo, pero la producción de esos ingenios era capitalista. La colonización de Hispanoamérica sigue —con saña— derroteros y objetivos comerciales, y lo que a ese respecto hizo para el desarrollo del capitalismo mundial, fue enorme. América Latina fue la caldera del desarrollo capitalista europeo.⁵

La producción capitalista originó desde el comienzo de la colonización una clase capitalista autóctona, los burgueses terratenientes, separados de los comerciantes y la burocracia. Todavía no se ha estudiado la historia latinoamericana partiendo de esta caracterización de conjunto: la existencia desde el principio, de una clase burguesa autóctona, ligada a la producción regional, similar a la del sur de los Estados Unidos (uno de cuyos representantes políticos fue George Washington). Los historiadores liberales y sus émulos marxistas han ignorado la existencia de esa clase porque no era una burguesía industrial. La han clasificado como “terrateniente feudal”, cuando era mucho más progresiva que la burguesía comercial compradora.

4 **Mensú** es el nombre que recibe el trabajador rural de la selva en Paraguay y las provincias argentinas de Corrientes y Misiones, y en particular el trabajador de las plantaciones de yerba mate. Históricamente, el trabajo del mensú ha sido tradicionalmente asimilado a un régimen servil o semi-esclavo. [Editor]

5 . Será necesario estudiar algún día si la técnica de explotación de minerales traída por los españoles, no fue la más alta de su tiempo, como lo permiten sospechar algunas referencias. Ello confirmaría, en cuanto a las fuerzas productivas, su carácter capitalista. NM

La colonización argentina

Si nos tomamos el trabajo de comprobar el carácter de la colonización y la conquista de nuestro país, vemos que la caracterización anterior es correcta. La preocupación fundamental de los colonizadores y conquistadores son las minas de oro y plata para el mercado mundial — la desesperada búsqueda de El Dorado— y no afincarse en tierras para cultivarlas con relaciones feudales. Solo ese dato bastaría para demostrar el carácter capitalista de la conquista y la colonización, pero además hay otros hechos sintomáticos:

a) El indígena no tiene el carácter del siervo —trabajador agrario pegado a la tierra— sino que su mano de obra es fuerza de trabajo en mano de dueños españoles contratada al mejor postor. Hay un ejército de trabajadores y un mercado rudimentario de trabajo sui generis, ya que se contrata libremente, pero entre dueños de empresas y dueños o semidueños de hombres.

Si comenzamos por Mendoza —región de la que conocemos los antecedentes relativamente más antiguos— nos encontramos con que “el ideal del encomendero de Cuyo era dejar un encargado de sus intereses cisandinos e irse a Santiago con sus indios, para arrendarlos. En Chile los huarpes sirvieron en lavaderos de oro, en la fabricación de botijambre y en las labores urbanas y rurales. En Mendoza plantaron viñas, las podaron y cosecharon la uva, y aún guiaron las carretas que conducían el vino a Buenos Aires” (Juan Draghi Lucero. *Revelaciones Documentales Sobre la Economía Cuyana*, Junta de Estudios Históricos de Mendoza, año 1940, tomo XVI, pág. 189 a 249).

“La caza del indio estuvo perfectamente organizada en los tiempos iniciales de la colonia. El poblador necesitó de mitayos para las labores agrícolas.” (*Actas Capitulares de Mendoza*, 1945, tomo 1, pág. LVII). Tan arraigada estaba esa costumbre de extraer indígenas cuyanos con destino a Chile que el mismo cabildo de Mendoza manifestaba sin ambages en junio de 1604, que el privarles de sacar mitas de San Luis “señalaba la total destrucción de esta ciudad”, agregando “que hace 40 años que efectúan dicha saca” (libro citado, pág. LIX). Y cuando se comienzan a terminar los indios, se resuelve “pedir asimismo a Su Majestad nos haga merced de 1000 licencias de negros para esta ciudad, respecto de los pocos y disminuyentes naturales que en ella hay”. Lo que es una prueba indirecta de que los indios podían ser reemplazados por esclavos y no por arrendatarios campesinos serviles.

El caso de Mendoza es ilustrativo al extremo, porque los conquistadores se encontraron con indígenas laboriosos que ya practicaban la agricultura, y muy pacíficos. En lugar de utilizar estas condiciones excepcionales para establecer un feudo, se aprovecharon de ellas para utilizar a los indígenas en empresas dependientes del mercado.

Para citar un solo ejemplo más, diremos que en Tucumán el problema de los indios que son llevados por los comerciantes y troperos que pasan, es grave, lo que demuestra que los indios no están sujetos a la tierra como los siervos, y son utilizados para un tráfico comercial importante, o para ser llevados de su tierra a otras explotaciones del Perú, Paraguay y Buenos Aires. (*Actas Capitulares de San Miguel de Tucumán*, Vol. I, Universidad Nacional de Tucumán, pág., 37 y siguientes, 1946).

b) Desde un principio la producción está destinada al mercado mundial o virreinal. Lo característico es la producción intensiva de unos pocos productos y no la autosuficiencia feudal. Un servicial vecino de Mendoza declara en su testamentaria del 29 de diciembre de 1588 “tener una viña cerca de esta ciudad junto al molino de lo de Videla, que tiene 5000 plantas, la cual está cercada de tapias, y además tengo solar cerca de dicha viña, asimismo cercada, más de una cuadra de tierra que está cerca de dicha calle y entre esta cuadra y la viña está el horno de tejas que tengo, y asimismo tengo un solar en la cuadra de San Juan Bautista” (*Archivo Judicial de Mendoza*). Como vemos este buen señor, era ya un viñatero con todas las de la ley.

En el norte la situación no era muy diferente. En el miserable poblado de Tucumán nos encontramos que el procurador general, don Galio de Villavicencio plantea al cabildo un programa de 18 puntos, el 4 de mayo de 1680, que, indiscutiblemente es un programa de villorrio burgués, sin aditamento feudal. En el punto tres, propone que se obligue a aceptar en lugar de moneda —debido

a su carencia— hilo de algodón y de lana de pábilo, para que pueda ser abastecida la ciudad y “socorridos los pobres”. En el cuarto, señala “lo mucho que importa registrar todas las tropas de vacas, mulas, carretas y recuas que pasen por esta ciudad y su jurisdicción, y otras que sacan los vecinos de esta ciudad”. En el sexto, que a los españoles y mestizos que vagabundeen se los obligue a trabajar o se los eche (lo mismo que en las ulteriores leyes burguesas obligando al trabajo). En el punto siguiente informa que “ha llegado a mi conocimiento que en muchas casas y chacras de esta ciudad tienen dos géneros de medidas de trigo, una para dar y otra para recibir, todas selladas contra conciencia y justicia”. Y así por el estilo son los puntos restantes. Intercala petitorios para retener a los indios y en el N° 17 se queja de que “las más del tiempo están los capituladores ausentes de esta ciudad en sus chacras, estancias y viajes, ocupados a sus conveniencias” demostrando así que estos colonizadores se parecían mucho más a un burgués movilizad para defender sus intereses, que a un señor feudal ocupado en cacerías y diversiones. (*Actas Capitulares de Tucumán*, ya citadas, Vol. I, pag.37). En 1558 en Corrientes, no hay feudos autoabastecidos, sino concesionarios de una producción especializada: potros, yeguas y vacas. El 27 de mayo de ese año, el cabildo se reúne para rematar el “cuidado de los caballos y yeguas del común a tres cabezas por medio peso” exigiendo dos fiadores. El 7 de noviembre, “se apercibe a Etor Rodríguez como fiador de Asenio González, guardián de las vacas de carne”.

La colonización del Brasil

Los elementos que encontramos en la colonización argentina, son comunes a Hispanoamérica, y se repiten también en Brasil. Ya Navarrete⁶ nos informa al narrar los viajes de Colón, que éste había encontrado en las tierras descubiertas, madera para teñir géneros. En 1505 los portugueses envían una expedición exploradora que retornó con un cargamento de ese “pao Brasil” y el rey se apresuró a arrendar las nuevas tierras a un mercader de Lisboa, don Fernando de Loronha. No se conocen bien los términos de este contrato, pero por referencias indirectas, se sabe que Loronha se comprometía a mandar anualmente tres naves al Brasil (tierras de Santa Cruz), a descubrir 300 leguas de costa, y a pagar un quinto del valor de la madera al soberano.

Este convenio es eminentemente capitalista.

Para no aburrir con otras referencias, nos limitaremos a citar a Robert Cochrane Simonsen, en su *Historia Económica do Brasil*: “No nos parece razonable que la casi totalidad de los historiadores patrios acentúen en demasía el aspecto feudal de las donaciones, llegando algunos a calificarlas como un retroceso en relación a las conquistas de la época. [...]”

“Desde el punto de vista económico, que no deja de ser básico, en cualquier empresa colonial, no me parece razonable la comparación de este sistema con el feudalismo.

“La economía feudal no hace lugar para el lucro, porque las clases sociales están demarcadas, y las remuneraciones se tornan en función de la condición social de cada clase. Por más que estudiemos los elementos históricos, no podemos llegar a la conclusión de que el régimen de las donaciones presente gran semejanza con la economía feudal. En primer lugar, todos llegaban a la nueva tierra en busca de fortuna; todos querían mejorar su situación económica. El objetivo de lucro era la causa primordial de la llegada al Brasil. Los mineros, mecánicos, carpinteros y demás artesanos, procuraban ganar para formar su propio peculio. Quien quisiese embarcarse, podía hacerlo. No había límites. Por el contrario, cuanto mayor fuese el número, mejor. En buena parte quien venía lo hacía con el anhelo de venir enriquecido. Quien tuviese capital podía pleitear la exploración de la tierra. Los donatarios, no eran más que exploradores en gran escala. La concesiones dadas por el rey a esos hombres, eran el medio para estimularlos, facilitando su empresa. En el siglo siguiente, otras naciones europeas adoptarían procesos semejantes de colonización, utilizándose de preferencia, la iniciativa privada, mediante compañías privilegiadas.

6 **Martín Fernández de Navarrete y Ximénez de Tejada** (1765 - 1844), fue un marino, escritor e historiador español que redescubrió los legajos de tres de los viajes de Cristóbal Colón, así como los dos diarios de éste del primer y tercer viaje. [Editor]

“Así como hoy se concede a ciertas empresas la excepción de impuestos junto con una alta tributación a los productos extranjeros que les hacen competencia, en la misma forma utilizando estos procedimientos capitalistas característicos, el rey de Portugal concedió una serie de favores a aquellos que con sus capitales o sus servicios, podían incrementar la colonización de las tierras.

“Nuestros historiadores no han encarado el caso bajo este aspecto. Cuando se refieren al donatario, lo consideran como si fuese un representante del viejo régimen feudal. Don Manuel, con su política de navegación, con su régimen de monopolios internacionales, con sus maniobras económicas de desplazamiento del comercio de especias de Venecia, es un auténtico capitalista. Sus vasallos no se quedan atrás. No hacen ninguna conquista como los caballeros de la Edad Media. Procuran engrandecer su país, tratando de transformar al Portugal en una potencia. Conquistaban las Indias con el mismo espíritu con que más tarde, los ingleses, vinieron a construir el Imperio Británico.

“Los inmensos poderes entregados a los donatarios, tampoco significan feudalismo; esos poderes todavía existen en nuestros días. El jefe de una escuadra de alta mar, los comandantes de los ejércitos, los gobernantes en condiciones excepcionales disponen hoy de poderes tan grandes, como los concedidos a aquellos donatarios.

“Estamos seguros, pues, que nuestras donaciones, dejando de lado su carácter hereditario, sólo son feudales en lo externo de los términos y por reminiscencias muchas de ellas hoy en uso. Puede alegarse que en lo que concierne a las concesiones su aspecto jurídico se asemeja a las instituciones feudales. Pero esto se observa también en la actualidad. El régimen de nuestras minas se caracterizó porque su poseedor es un concesionario, que así las trabaja, ejerciendo una función social.” (T. I, p. 125, año 1937).

Hemos dado estos ejemplos y acudido a la cita precedente para demostrar que en Latinoamérica existió en su primera colonización un capitalismo bárbaro, basado en el cambio de mercadería estrechamente ligado al mercado mundial. Era así un régimen distinto al surgido por la colonización inglesa, holandesa y francesa, pero que lejos de ser feudal, era una forma aberrante del desarrollo capitalista europeo.

CAPÍTULO II

La primera independencia y las organizaciones nacionales¹

Los historiadores de la independencia latinoamericana de España y Portugal están divididos en dos bandos: los que la consideran un resultado de factores internos y los que creen que ha sido determinada por contingencias externas. Unos hablan del surgimiento de una “conciencia nacional” de los criollos o de determinadas burguesías nativas, y otros de la decadencia ibérica o de la influencia de Francia e Inglaterra.

Lo curioso, es que salvo rarísimas excepciones, ninguna de las dos tendencias ha profundizado las diferencias, partiendo del análisis de la importancia relativa de los factores internos y externos para recién después pronunciarse por los que consideran decisivos. Tampoco se han planteado el problema mucho más general de cuál debe ser el método para encarar el estudio.

Sin embargo, aunque nadie lo recuerde, todo intento de interpretación científica de nuestra historia, debe partir de esta cuestión previa: ¿qué elementos fueron esenciales en la dinámica de nuestra independencia, los internos o los externos?

Lo interno y lo externo en nuestra historia

El descubrimiento de América sentó las bases del advenimiento del mercado mundial y del dominio capitalista. Desde entonces comienza a haber una nueva combinación entre los factores internos y externos en el acontecer histórico de todos los países civilizados del mundo.

Durante miles de años, lo externo solo influyó en las distintas zonas y países irrumpiendo en la vida de las comunidades en forma de guerra, invasión, cataclismo, con características esporádicas. Lo que determinaba los acontecimientos era el desarrollo de los factores internos solamente alterados por los externos de tanto en tanto. Pero con el advenimiento del capitalismo mundial la incidencia de los factores externos se hizo constante en todos los países.

Naturalmente, al hacerse constante esa incidencia no por ello fue decisiva como afirman los liberales, sino que la constante externa pasa a actuar sobre las fuerzas internas, desarrollándolas o contradiciéndolas. La dinámica interna pasa a desenvolver su propia vida, alterada, deformada, cambiada, completada, integrada por la dinámica externa. No hay supeditación de una a otra, sino una relación dialéctica veces de contradicción y otras de coordinación. Por esa razón al tomar la independencia latinoamericana, tomamos lo externo, para ligarlo al desarrollo interno de las fuerzas productivas, a las relaciones entre las clases, y al fenómeno histórico-cultural.

¹ Versión del curso de historia argentina dado oralmente en la Facultad de Humanidades, Universidad de La Plata, en 1960.

Características de los imperios español y portugués

Partiendo de lo externo, la independencia latinoamericana es consecuencia de la crisis de los imperios español y portugués; España se parece a los imperios austro-húngaro y ruso, por ser una dominación esencialmente política de características asiáticas o feudales y en permanente competencia militar, económica y política con las grandes potencias capitalistas noroccidentales. De aquellos imperios, España fue el primero en desintegrarse (cien años antes que los otros) y en ello pesaron motivos geográficos; sus comunicaciones internas eran marítimas a través del “mare nostrum” de los comerciantes ingleses, holandeses y franceses. Rusia y Austria-Hungría perduraron un siglo más, porque sus comunicaciones internas eran terrestres.

Para unir las distintas partes de su imperio, España necesitó desarrollar las fuerzas productivas y competir con Inglaterra, Holanda y Francia. Específicamente, debió promover la industria marítima, pero ello solamente era posible promoviendo un desarrollo capitalista.

Decadencia relativa de España y Portugal

Es ya casi un slogan de los historiadores, señalar la decadencia española y portuguesa, y el avance inglés y francés, como causas de la independencia. Sin embargo aquella decadencia es solo relativa. En verdad la independencia no fue resultado de la decadencia del imperio, sino de sus intentos de desarrollo. España y Portugal, mucho más que Rusia, necesitaron desarrollar sus fuerzas productivas por los motivos que señalamos, y la competencia con Inglaterra provocó numerosas guerras entre ambos imperios. El imperio ibérico adoptó una serie de medidas de promoción industrial, que acarrearón un importante desarrollo capitalista. Cataluña, a fines del siglo XVIII tenía más de 100.000 obreros textiles, y en varias industrias se aplicó la revolución técnica al mismo tiempo que en Inglaterra. Pero este desarrollo económico, que en Rusia sirvió para fortalecer el imperio, en España sirvió para lo contrario, pues provocó tendencias centrífugas regionales, opuestas al centralismo político de Madrid. Paradójicamente, el avance económico de Cataluña, La Vascongada, Andalucía, Venezuela y el Río de la Plata —las regiones más favorecidas por la promoción borbónica— debilitó mortalmente al imperio.

De modo que son dos los factores combinados que confluyen para provocar el estrepitoso fracaso de los planes borbónicos: el desarrollo, que se produce en forma regional y centrífuga, y el triunfo de Inglaterra en la competencia económica, militar y política. De todas formas la “decadencia” hispánica es solo relativa, se produce a pesar del desarrollo de las fuerzas productivas. Y ya veremos la importancia que tiene esto.

Las burguesías regionales desarrolladas por España

El desarrollo capitalista del imperio español es desigual y centrífugo. El plan borbónico fructifica, pero sus consecuencias son inversas a las proyectadas. Una de las causas es la dificultad en las comunicaciones internas. Otra, muy importante, es la inexistencia de un mercado interno y de una burguesía nacional y el tremendo peso del pasado feudal.

Los reyes de España trataron de lograr el desarrollo capitalista sin destruir las trabas semif feudales, y con ese lastre retardatario, se encontraron con que el imperio sufría en todos los poros la presión de Inglaterra que controlaba el mercado mundial. Prácticamente todas las regiones del imperio limitaban con Inglaterra o estaban más cerca de Londres que de Madrid, bañadas por las aguas atlánticas del “mare nostrum”. De allí que el desarrollo burgués del imperio español, tuviera ese carácter regional, y ligado a la división de trabajo impuesta por Gran Bretaña, que marcaba el ritmo del mundo. La otra consecuencia que nos interesa es que el regionalismo español, latinoamericano y brasileño, lejos de ser una reminiscencia feudal, es un producto del desarrollo borbónico que —para horror de los sectarios— no centralizó el imperio como en los países del norte y oeste de Europa.

La independencia latinoamericana

La independencia no puede comprenderse sin el panorama que hemos descripto y que en última instancia explica por qué, en Latinoamérica, se dieron producciones y burguesías regionales y no una sola burguesía nacional unificadora. Las regiones desarrolladas estuvieron en el litoral atlántico: Venezuela, Río de la Plata y en San Pablo. Ellas fueron las que impulsaron el proceso de desintegración nacional provocado por la decadencia relativa de España y Portugal.

España tuvo un eje económico en Latinoamérica, que fueron las minas del Alto Perú. Cuando a fines del siglo XVIII comenzaron a agotarse, la burguesía ligada a esa producción e interesada en la unidad del continente, perdió fuerzas. Era el único sector que hubiera podido lograr la unificación, pero cuando la propuso en el Congreso de la Independencia en Tucumán era ya impotente para lograrla.

Es así como América inicia su primera guerra independentista acaudillada por las fuertes burguesías regionales litoraleñas. Esa dirección revolucionaria explica la falta de interés en la unidad latinoamericana y el secreto que esconden los ejércitos libertadores de San Martín y Bolívar que fueron capaces de liquidar el yugo español, pero no de concretar la unidad política continental. Las zonas más ligadas al monopolio español, las más alejadas del límite atlántico, como así también las que tenían una economía agraria basada en la explotación de los indios —Perú, Centroamérica, México— fueron la retaguardia de la independencia. Es que allí, junto al control colonial, se sumaba el agudo problema indígena y agrario que asustaba a las clases poseedoras. Ese problema aún subsiste, y es uno de los motores de la segunda liberación latinoamericana, dirigida no ya por la burguesía, sino por las masas explotadas. Estos países y regiones son los últimos en liberarse de España y los primeros que inician la lucha anti-yanqui.

La organización nacional de los distintos países latinoamericanos

Al producirse la independencia, los factores internos y externos se combinan de nueva forma. La manifestación concreta del elemento externo en el proceso independentista fue la crisis de España y Portugal. Pero a partir de la liberación, lo fue el control del mercado mundial por parte de las potencias capitalistas. En lo interno, la independencia posibilita un gran avance de las fuerzas productivas, sumamente contradictorio ya que el mercado mundial hace una competencia ruinosa a la producción regional y artesanal. En algunos países éstas progresaron amparadas en la distancia y la falta de comunicaciones, o en el escaso desarrollo del comercio mundial. De conjunto, por encima de las contradicciones, la etapa reflejó un gran avance de las fuerzas productivas.

Durante el siglo XIX la influencia de Inglaterra y Francia, pasó por tres etapas claramente delimitadas, que tuvieron enorme importancia en la organización de los modernos estados latinoamericanos. La primera etapa, que abarca hasta 1825 aproximadamente, se caracteriza por la influencia predominante de Inglaterra en el campo financiero. El capitalismo inglés, que tiene cerradas las puertas de Europa para sus inversiones financieras, las realiza en Latinoamérica anticipando la etapa imperialista que después conoceríamos. Surgen en aquel entonces agentes financieros nacionales, bancos, etc.

La segunda etapa llega hasta 1850, y en ella se desarrolla progresivamente el comercio de los imperios europeos, todavía no ha culminado la revolución industrial ni existen grandes barcos, de modo que es intercambio creciente de artículos de lujo o materias primas de alto precio, y no de una gran producción industrial.

Y por fin, la última etapa, que llega hasta la última guerra y que a partir de 1880 se combina con el moderno imperialismo de los trust y monopolios, es de un impresionante y espectacular desarrollo del mercado mundial. Los países europeos, convertidos en portentos industriales, lanzan fabulosas cantidades de manufacturas al mercado mundial, del cual Latinoamérica es parte importante.

Por su parte el desarrollo de las fuerzas productivas tiene dos períodos delimitados por la clave del año 1850. Hasta entonces hay una pareja pugna entre el desarrollo de las economías regionales y el de las economías para la exportación, que se combinan o excluyen de distintas maneras: en algunas zonas se complementan y apoyan; en otras la última deshace a la primera; y en otras, en las que la producción exportable tiene secundaria importancia, no logra aplastar el desarrollo manufacturero regional. Pero hasta 1850, ambas economías se desarrollan con relativa armonía en el continente.

Pero a partir de 1850 el desarrollo de ambas producciones es desigual. Las ramas ligadas al mercado mundial alcanzan, por su propia importancia, un nivel decisivo. El mejor ejemplo es el estaño boliviano. Y es entonces sobre un progreso unilateral y deformado que se da el eje económico de las modernas naciones latinoamericanas.

Durante todo el siglo pasado la historia continental gira en torno de la lucha entre la burguesía compradora-importadora y la burguesía productora (minera o agropecuaria que trabaja para el mercado mundial, y la artesanal, que lo hace para el mercado interno).

Y en algunos países el panorama se complica con la lucha campesina, provocada por el problema agrario. El conflicto se resuelve a favor de la burguesía productora en las últimas décadas del siglo pasado, como consecuencia del desarrollo de las ramas productivas. Es así como la burguesía terrateniente y exportadora obtiene el dominio político, barriendo a los comerciantes importadores y librecambistas y a la pequeñoburguesía artesanal. Durante su dominio, dicha burguesía organiza los países a su imagen y semejanza. El “porfiriato”² mejicano, es el ejemplo más clásico de esta etapa de bonanza y organización nacional.

Al oír las estridentes sirenas del nuevo siglo, Latinoamérica vive la etapa de estabilización, organización nacional y despotismo ilustrado. Cultural y económicamente estamos mucho más cerca de Londres, París o Nueva York, que de la capital del país limítrofe. Perdemos el recuerdo del origen libertario común. Cada burguesía regional, encadenada al mercado mundial, compete fieramente en los precios de exportación, y constituye estados rivales.

Un solo país, Cuba, no se independiza en el siglo XIX. Cuando lo logra, sin solución de continuidad cae apresado en un yugo mucho más poderoso, el del imperialismo yanqui, que un lustro antes había estrenado en Centroamérica su política de dominación mundial. Pero Cuba, epílogo de la primera liberación latinoamericana, es el prólogo de la segunda.

2 Por **Porfiriato** se entiende a la etapa de la historia de México entre 1876 y 1911, caracterizada por la dictadura del general Porfirio Díaz. Sus políticas económicas beneficiaban enormemente a su círculo de aliados, inversores extranjeros, unos pocos hacendados y la Iglesia, que pudieron adquirir enormes extensiones de tierra dejando a los campesinos en la pobreza extrema. El estallido en 1910 de la Revolución Mexicana significó el fin de su gobierno dictatorial. [Editor]

CAPÍTULO III

Cuba, primer estado obrero de América¹

Introducción: El plan de colonización del imperialismo yanqui, nuestro principal enemigo (Enero de 1955)²

Vamos a referirnos al plan de colonización que el imperialismo yanqui ha desatado sobre América Latina. Es triste advertir que, en momentos en que Asia y África, están realizando esfuerzos tremendos por alcanzar su independencia, América Latina, que la tiene desde hace un siglo y medio, está perdiéndola.

La colonización del imperialismo en el mundo, se acentuó en los países de Asia y África, y en cambio los de nuestro continente se salvaron por dos razones principales: la rivalidad interimperialista (que impidió a uno de ellos en particular, adueñarse de Latinoamérica) y además, la fortaleza relativa de las burguesías nativas latinoamericanas (que le permitió especular entre los distintos imperialismos). Solo Centroamérica por su debilidad económica y la cercanía de Estados Unidos, cayó prontamente en su esfera de influencia.

La primera y especialmente la segunda guerra mundiales, modificaron la situación en favor del imperialismo yanqui, que quedó como la única potencia con energía para emprender la colonización del sector que aún se mantenía independiente en el mundo.

Para comprender el proceso de colonización que el imperialismo yanqui ha desatado en nuestro continente es necesario señalar las etapas previas que han atravesado nuestros países, y que son esencialmente, tres:

- a) Dependencia económica
- b) Semicolonización económica
- c) Semicolonización económica y política

La etapa de la dependencia se caracteriza porque la penetración se realiza fundamentalmente en el plano económico. El capital financiero que llega, especialmente inglés, lesiona la soberanía económica en el sentido que obtiene rendimientos desmesurados y que, en líneas generales, deforma las estructuras económicas; sin embargo, y a excepción de Centroamérica, la soberanía política se mantiene inalterable. La gran crisis de 1929 inaugura la etapa de semicolonización. Los países imperialistas tratan de descargar la crisis sobre los países latinoamericanos imponiéndoles obligaciones económicas no conocidas hasta la fecha. El avance general de nuestros países se frena con la crisis mundial y las burguesías nativas se ven obligadas, para mantener sus posiciones, a firmar pactos económicos de carácter semicolonizante. El mejor ejemplo es el Roca-Runciman³ que ató la economía argentina al imperialismo inglés.

1 En este capítulo se presentaron textos de distintas fechas que están indicados en cada caso.

2 Resumen de la conferencia pronunciada por Nahuel Moreno en el Centro Lanús del PSRN (Partido Socialista de la Revolución Nacional).

3 El **Pacto Roca-Runciman** fue un acuerdo de comercio internacional celebrado entre la República Argentina y el Reino Unido, el 1 de mayo de 1933. Fue firmado por el vicepresidente de Argentina, Julio Argentino Roca (hijo) y el

Con los prolegómenos de la segunda guerra mundial comienzan las restricciones a la soberanía política de Latinoamérica. Con el mecanismo de la Unión Panamericana y sus conferencias se articula el instrumento de dominio político, alterando el significado de dichos organismos que, desde 1889 hasta 1936 no significaron obligación política alguna para Latinoamérica.

La conferencia de Lima de 1939 marca el nuevo punto de partida para la política yanqui. Por primera vez se discute en ella la obligación de intervenir en la guerra en caso de agresión a un país americano. A partir de entonces la presión del imperialismo yanqui se intensifica con el propósito de alinear nuestros países en torno de política exterior. La conferencia de Río de Janeiro de 1942 recomienda la ruptura con el eje y declara no beligerante a los Estados Unidos. Paralelamente y como punto de presión, el imperialismo yanqui inhibe la exportación de bienes de capital a todo país que no acate estos acuerdos. Lo que sigue es ya historia reciente. El dominio yanqui económico-político se va acentuando. En la conferencia de Río de Janeiro de 1947 se planteó el tema de la defensa continental, estableciendo que a los efectos de un ataque externo sobre cualquier zona del continente más un contorno de varias millas en su alrededor, se consideraría una agresión a todos los países, y por ende sería repelida por todos. Un año más tarde se crea la OEA (Organización de Estados Americanos), que si bien y formalmente, es una continuación de la vieja y anodina Unión Panamericana, en realidad será un verdadero organismo superestatal que obrará políticamente en nombre del continente. La OEA va mucho más allá de la conferencia de Río de Janeiro, no limita el ámbito de la agresión a la periferia de América sino que se extiende a cualquier parte del mundo, y considera no solo la agresión física, sino también la verbal.

Todas estas restricciones a la soberanía política de los países americanos se complementan con los pactos bilaterales, la Junta Interamericana de Defensa, etc. Con sus secuelas prácticas: instalación de bases militares yanquis, entrada de toda clase de misiones, unificación de armamentos y de planes bélico estratégico-tácticos, compra de armas al imperialismo, etc.

No vamos a caer en la falacia de los sirvientes que hipócritamente afirman que los pactos y acuerdos ponen también a EE.UU. en un pie de igualdad, con las mismas obligaciones. El único que tiene intereses extraterritoriales en todo el mundo y el único que se ve comprometido por las necesidades de su política exterior es el imperialismo yanqui, y no los débiles países latinoamericanos. El argumento de la “igualdad” nos recuerda la famosa anécdota del tratado de pesca entre Francia y una de sus colonias, que otorgaba igualdad de derechos a la colonia y a la metrópoli de modo que mutuamente tenían libertad de pescar en respectivas aguas territoriales. Todo era de una igualdad irritante, salvo un detalle: la colonia no tenía ni un solo buque pesquero...

El plan yanqui de colonización forma parte de la estrategia general que se ha trazado el imperialismo ante el avance de la revolución mundial. Dentro de ella, nuestro continente es clave, no solo por el aporte de bienes de consumo, sino también —y fundamentalmente— por su ubicación estratégico-militar. Con el control del canal de Panamá y del estrecho de Magallanes el imperialismo se asegura el dominio de los océanos y la posibilidad de acceder al este asiático y africano.

Por último la importancia de América Latina se incrementa por ser el lugar donde el imperialismo yanqui tiene mayores inversiones y, por ende, cualquier movimiento revolucionario de este continente sacude mucho más su estructura económica que las movilizaciones asiáticas o africanas.

El plan de colonización asume una realidad que vive el mundo. El imperialismo ya no tiende a utilizar el garrote como único medio de sojuzgamiento. El pernicioso ejemplo que significan para nuestros pueblos las revoluciones anticoloniales obliga a los yanquis a adaptarse a la nueva situación y a cortar en lo posible la presencia de gobiernos dictatoriales que exacerban la ira de las masas. Por ejemplo lo ocurrido en Bolivia en 1952, es un ejemplo de lo peligroso que resultan los gobiernos dictatoriales. El ideal actual del imperialismo son gobiernos “democráticos”, “representativos”, que al mismo tiempo que desvían el interés de las masas hacia el juego parlamentario, sirven para oponer a los partidos patronales entre sí, facilitando la penetración yanqui.

encargado de negocios británico Walter Runciman. [Editor]

Esta nueva táctica se complementa con el acuerdo contrarrevolucionario que en el plano mundial han firmado el imperialismo yanqui y el Vaticano. Fruto del mismo es la tendencia a crear modernos partidos centristas de base pequeñoburguesa que tienen la intención de introducir la política imperialista en amplias capas populares. Este es el rol de los partidos demócrata-cristianos en Latinoamérica. Su programa más o menos democrático, más o menos popular, está realizado para confundir y dividir: confundir a los sectores populares desviándolos de sus problemas específicos, y dividir al país facilitando la penetración yanqui. En síntesis, esta moderna “Santa Alianza”, que coincide en la democratización y que tiende a la formación de partidos demócrata-cristianos, es un nuevo elemento de penetración a disposición del imperialismo.

La democratización de América Latina, aún bajo el patrocinio yanqui, refleja distorsionadamente el profundo proceso revolucionario que se vive en el mundo. Es una democratización preventiva apadrinada por el Departamento de Estado, para evitar que las masas por métodos revolucionarios, logren esa democracia política. Gracias a esa democratización el imperialismo puede jugar con todos los sectores políticos y sociales de nuestros países. Y debemos comprender que esta es la nueva política imperial de sojuzgamiento.

Siquiera brevemente es interesante señalar el proceso seguido por la lucha antiimperialista en Latinoamérica. A diferencia de la India y China que tuvieron grandes movimientos antiimperialistas, aquí ese fenómeno no se produjo, y la explicación debemos buscarla en el hecho de que aquellos países soportaron durante siglos la dominación directa del imperialismo, mientras que América gozó de una relativa libertad desde que alcanzó su independencia política en la primera mitad del siglo XIX.

Naturalmente Latinoamérica ha tenido roces con el imperialismo, sin embargo fueron todos limitados, circunstanciales, por ejemplo del tipo que tuvo la Confederación Argentina y la escuadra anglo-francesa. El hecho de que hasta la segunda guerra no haya un imperialismo dominante, y que distintas potencias se disputaran la hegemonía continental, impedía la formación de frentes antiimperialistas homogéneos y permanentes. Los que surgieron tenían un carácter circunstancial, inestable y hasta contradictorio.

Los roces entre las clases dirigentes nativas y el imperialismo tenían un carácter episódico y concreto, en relación a tal o cual aspecto de la penetración económica, o tal o cual diferencia de intereses, también económico, que raramente alcanzaban a generalizarse al plano político. Y cuando ello ocurría tampoco tomaban la forma de una lucha antiimperialista con programa y objetivos definidos. Así los enfrentamientos que se dan a finales del siglo XIX (Alem en Argentina, Balmaceda en Chile, etc.) desde el punto de vista político, carecen de programa concreto, claro y preciso, y más bien son demostraciones de distintos sectores capitaneados por la burguesía productora —hasta el momento la más nacionalista— que terminan en la derrota y el posterior arreglo con el imperialismo.

El término de la primera guerra muestra una nueva variante en la lucha antiimperialista: la que produce la reforma universitaria con la irrupción de la pequeñoburguesía, confusa en su ideología, heterogénea.

Es un lugar común de la izquierda trasnochada glorificar a la burguesía industrial como campeona de la lucha antiimperialista, por su supuesto antagonismo económico con el imperialismo. Sin embargo los roces que observamos a partir de la primera guerra, se producen en el campo tarifario, aduanero, y no tienen ni la amplitud ni el contenido nacional que esporádicamente le dio la burguesía productora.

Los enfrentamientos más serios entre los países de América Latina y el imperialismo van a producirse desde la segunda guerra mundial y posteriormente ante el plan de colonización (OEA, pactos bilaterales, etc.). La conjunción de sectores burgueses y pequeñoburgueses, apoyados en fracciones nacionalistas militares, producen los movimientos más serios: Perón en Argentina, Vargas en Brasil, Ibáñez en Chile, etc.

En lo que se refiere a la clase obrera, el enfeudamiento a la burocracia del Kremlin de los partidos comunistas criollos hace que la lucha antiimperialista preconizada por éstos, se acomode

a los vaivenes de la política exterior soviética, lo que se pudo apreciar nítidamente a partir de 1935. Antes de esta fecha tiene un contenido vacío, estereotipado en frías fórmulas que para nada tienen en cuenta las peculiaridades de América Latina en su conjunto, y menos aún las características específicas de cada problema nacional. De ello podemos concluir que la participación de la clase obrera en la lucha antiimperialista de este período tuvo escasa importancia.

La segunda guerra produce el vuelco de oponer a fuertes sectores burgueses y pequeñoburgueses a la política de penetración yanqui, y arrastra también en ese proceso a la clase obrera que marcha como furgón de cola. El caso típico posiblemente es el peronismo, que funde en un sólido frente a distintas clases, pero tampoco la participación de la clase obrera es plenamente consciente, la burguesía lo evita cuidadosamente, desviándola por el camino de la demagogia social. En estas condiciones, la clase obrera participa de la lucha antiimperialista pero como plan de maniobras en las especulaciones de la burguesía o el gobierno peronista.

Por último, vamos a señalar cuáles son las perspectivas que se le presentan al continente en su lucha antiimperialista. La ofensiva yanqui producirá una reacción, pero con una nueva perspectiva: ya no serán países o movimientos aislados quienes se le opondrán. Pese a los inevitables retrocesos, los pueblos irán ganando conciencia de su necesaria unidad. La riquísima experiencia de los últimos años nos permite esperar con confianza el futuro inmediato. Los pueblos latinoamericanos a corto plazo despertarán a su gran tarea histórica, la lucha contra el imperialismo yanqui que, de lejos, es su principal enemigo.

Las cuatro etapas de la revolución cubana (junio, 1960)⁴

Que Cuba sea la vanguardia de la revolución latinoamericana, no nos debe impedir analizarla y criticarla cuidadosamente. Se trata de comprobar sus etapas, sus contradicciones y su dinámica, para impedir que retroceda o sea aplastada y para aplicar sus experiencias a otros países similares.

Las revoluciones cubana y boliviana tienen una característica que las hacen únicas en nuestro continente: la destrucción del ejército permanente y el surgimiento de milicias armadas. En ambos países se dio un poder dual y un gobierno precariamente sostenido por un lado, sobre el pueblo armado, y por otro, en las negociaciones y acuerdos con sectores burgueses e imperialistas.

Una diferencia importante es la siguiente: mientras la revolución boliviana barrió al ejército en tres días, la cubana logró hacerlo en un proceso mucho más largo y complicado.

En Cuba, lo que más sorprende es la falta de un programa por parte de los líderes revolucionarios. Los decretos del gobierno responden siempre a necesidades inmediatas y no a un plan esbozado de antemano. Ese es un carácter común a todas las direcciones nacionalistas del mundo, pero en Cuba, donde la presión imperialista es tan fuerte, se manifiesta casi a diario. Lo trágico es que la deficiencia de carecer de un programa conocido a largo plazo, es subrayada como una virtud por los críticos nacionalistas o burgueses. Es que, con ese mismo método, los dirigentes burgueses y pequeñoburgueses, ocultan sus verdaderos propósitos y maniobras.

Sartre, agudo observador de la revolución cubana, señala: “En resumen, diré que un movimiento que empezó bajo la forma de un putsch, vio desaparecer uno tras otro sus objetivos, descubriendo objetivos nuevos cada vez más populares y profundos, en una palabra, más revolucionarios.” No tenemos nada que objetar a esta caracterización, salvo completarla, precisando sus etapas, que hasta el momento son cuatro, y aventurar su porvenir.

La primera etapa: el putsch

La primera etapa revolucionaria se caracterizó por el putsch dado [el 26 de julio de 1953] por un grupo de jóvenes de la burguesía y la pequeñoburguesía, desgajado de los partidos tradicionales.

⁴ Publicado en la revista *Qué Hacer* N° 1 (13/6/60), de Palabra Obrera. Traducido al inglés y publicado en *The Newsletter*, periódico de la izquierda del Partido Laborista británico que encabezaba Gerry Healy, del Comité Internacional del Trotskismo Ortodoxo.

Según la revista *Visión*, Fidel era un joven dirigente conservador que comenzó un putsch con la complacencia de importantes sectores de la oligarquía. Jules Dubois, el periodista agente de los monopolios, relata la siguiente anécdota: “Un grupo representativo de ciudadanos de Santiago me honró con un banquete en el Country Club. Además de Pepín Bosch, asistieron el Dr. Manuel Urrutia —que todavía era juez— Daniel Bucardo, presidente de la Cámara de Comercio; el rector de la Universidad de Oriente; el reverendo Chavee, jefe del Movimiento de la Juventud Católica; Fernando de Leones, un importante exportador de café; los presidentes del Rotary Club, Club de Leones, de la Asociación Médica, del Colegio de Abogados, instituciones civiles y otros grupos. Éramos las únicas personas en el Club Santiago que no habíamos festejado ninguna fiesta, excepto las impuestas oficialmente, desde el 26 de julio de 1953. La mesa era oblonga. En un extremo había una silla vacía ante un cubierto puesto, y un letrero que había sido allí cuidadosamente ubicado con intención de que yo lo viera, y que decía ‘reservado’. El maestro de ceremonias, Fernando de Ojeda, se levantó y se dirigió a mí: ‘Uno de nuestros compatriotas tenía el propósito de asistir a esta cena en su honor —dijo— pero se excusó de no poder hacerlo. Lo comprendemos y aceptamos sus excusas porque está ocupado en una importante misión para Cuba. Su nombre es Fidel Castro.’” (Jules Dubois, *Fidel Castro: Rebel, Liberator, or Dictator?*, The New Merrill Company, Indianapolis-New York, 1959, p. 163-164.)

Esta formación semioligárquica del movimiento revolucionario en sus orígenes, así como el hecho de que el eje de su actividad haya sido la provincia de Oriente, tienen la explicación social de que el régimen de Batista se apoyaba cada vez más en la burguesía de La Habana (industriales, contrabandistas, dueños de hoteles y cabarets) en contraposición a la gran burguesía azucarera y terrateniente asentada en el interior (la provincia de Santiago produce el 60% del azúcar).

A esto se le debe sumar la crisis crónica de la pequeñoburguesía, dada la falta de un importante desarrollo industrial.

Durante la primera etapa, Fidel [luego del desembarco con el Granma en diciembre de 1956] se refugió en la montaña y se limitó a provocar al régimen para lograr el apoyo popular. Durante el primer año no lo logró y culminó con el fracasado intento de desatar una huelga general.

El putsch se transforma en revolución

Cuando durante los primeros meses de 1958 crecientes sectores de la pequeñoburguesía urbana y del campesinado se unen al movimiento de Castro, la situación cambia cualitativamente. Es importante señalar que gran parte de las masas que se incorporaron al movimiento anti-batistiano, crearon sus propias guerrillas independientes. Generalmente se ignora que Batista cayó por la acción de varios frentes guerrilleros que solo a último momento, Castro logró coordinar. Mientras Fidel en Las Villas contaba solo con 150 hombres, el Directorio Revolucionario tenía mil guerrilleros, y el Segundo Frente de Escambray, cinco mil.

El surgimiento violento y masivo de la lucha guerrillera, tiene una explicación última en el agravamiento de la situación económica sumado a la crisis crónica de estructura. El ascenso de masas permitió a Castro resistir, primero, la ofensiva de Batista, y lanzar después, la contraofensiva a través de un frente único de los grupos guerrilleros, que culminó con el triunfo de la revolución.

El imperialismo y la patronal desvían la revolución

La etapa limitada entre la derrota de Batista y la caída del presidente Urrutia, se caracteriza por la ofensiva de la burguesía que habiendo apoyado a Castro, trata de frenar la revolución y encauzarla en los moldes de una democracia formal que le permita desgastar al movimiento de masas. Es la etapa de la “unidad nacional democrática” en la que marchan en el mismo ómnibus la burguesía y el imperialismo —representados por el presidente Urrutia— y la clase obrera. Los primeros esforzándose por conservar posiciones, y la segunda, que había tenido un rol secundario en la derrota de Batista, organizándose y avanzando. Fidel era el árbitro equilibrista de la situación, apoyado, de entre las clases revolucionarias, en la pequeñoburguesía.

La crisis se produce por la renuncia de Urrutia [en julio de 1959] que obliga a Castro a apelar al movimiento de masas, y en especial al movimiento obrero, que es ya una poderosa fuerza, la principal del movimiento revolucionario.

Se ensancha la revolución

La lógica escisión del frente nacional revolucionario inauguró una nueva etapa que aún no se ha cerrado. La tónica la da el curso progresivamente revolucionario, y la polarización de clases. Mientras toda la burguesía se alinea contra Castro, el gobierno, presionado por el movimiento obrero y la situación internacional, adopta una serie de medidas progresistas: instauran oficialmente las milicias armadas, se profundiza la reforma agraria, se enfrenta decididamente al imperialismo yanqui en el marco del sistema panamericano, y se denuncia el Pacto de Río de Janeiro; se llega a ejercer un control sobre las grandes empresas industriales extranjeras y comienzan los preparativos para las expropiaciones; la central obrera realiza un congreso en el que se anuncia un programa extraordinariamente avanzado, etc., etc.

Pero la etapa no se ha cerrado aún y el imperialismo prepara su contraofensiva. Por un lado aísla la revolución, utilizando a tal fin a los gobiernos títeres, y por otro, trata de iniciar, lo más pronto posible, una guerra civil en Cuba.

La revolución y el movimiento obrero mundial

Por su importancia comercial, Cuba era uno de los países principales de Latinoamérica. Esa es la clave de la magnitud y trascendencia que tiene, en ese aspecto, el movimiento revolucionario cubano, contrariamente a la revolución boliviana que pasó sin pena ni gloria.

Incrustada en el seno del imperialismo, Cuba ha abierto una brecha para que la revolución mundial aseste un golpe mortal al patrón del capitalismo mundial. La luz del foco revolucionario ilumina, por otra parte, a todo el continente y Norteamérica, a la defensiva, recurre a cualquier medio para desviar o frenar a las masas.

Con relación a los movimientos nacionalistas latinoamericanos, Cuba los ha dividido claramente en dos etapas, al acelerar la crisis de sus direcciones tradicionales, burguesas y terratenientes, y acelerar el surgimiento de nuevas direcciones pequeñoburguesas. Esas dos etapas se sintetizan en la figura de los dos líderes de masas contemporáneos: Perón y Fidel, el primero, jefe de un movimiento de ideología y dirección burguesa; el segundo representante de una conducción de extracción pequeñoburguesa.

Distintas interpretaciones de la revolución

En general, las distintas interpretaciones de la revolución cubana realizadas en los medios que la apoyan, tienden a reflejar la extracción social de sus autores. El nacionalismo, incluido el católico, esgrime la experiencia cubana como ejemplo del rol que juega el hombre-mito y el hombre-conductor. Para este sector, el pueblo cree en Fidel, y este cree en el pueblo, estableciéndose entre ambos una reacción intuitiva. Castro debe interpretar los sentimientos populares sin ningún esquema previo, y modificar día a día su política, guiado solamente por un intuitivo “realismo nacionalista”. Esta interpretación refleja una concepción burguesa de la revolución, y la organización piramidal, con un jefe indiscutido en el vértice, es la réplica política de la organización de una empresa capitalista encabezada por el patrón.

En los hechos, esta posición sirve para impedir la iniciativa y la organización independiente, democrática y dinámica de los trabajadores.

La concepción “izquierdista” —comunista, socialista, liberal, la corriente Cooke⁵ del peronismo, etc., etc.— es tan variada como los matices de los sectores sociales de la moderna clase

⁵ John William Cooke (1919–1968) fue un dirigente peronista que, después del triunfo de la Revolución Cubana, sería el ideólogo del ala filo castrista del peronismo. [Editor]

media y la burocracia comunista. Todos los izquierdistas se unen para opinar que la revolución no debe ser criticada, y están por la “unidad de todos los sectores revolucionarios”, entendiéndose por ello la unidad de los patrones, la clase media, los campesinos y los obreros. Sin embargo hacen objeciones formales a la revolución, cuando ésta afecta alguno de sus intereses particulares. Los comunistas, por ejemplo, critican toda actitud de roce con la URSS.

Otra interpretación es la que ha hecho el trotskismo. Nos solidarizamos y sintetizamos la opinión del periódico norteamericano *The Militant*, que se basa en la ideología de la revolución permanente:

a) Sin gobierno directo de la clase obrera no hay solución permanente para los problemas de ningún país. Para lograr este gobierno es indispensable un proceso de lucha revolucionaria intransigente, antiimperialista y antipatronal.

b) Al proceso revolucionario, una vez comenzado, no puede detenerse ante ninguna estructura económica o social explotadora.

Estas posiciones se han confirmado plenamente. Cuba y Bolivia son ejemplos vivos de ese proceso revolucionario que no puede estancarse, que avanza o retrocede, pero no puede detenerse. En Cuba la revolución avanza, en Bolivia se detuvo y por lo mismo retrocede; en Guatemala el retroceso llevó al desastre.

El futuro de la revolución

La experiencia revolucionaria mundial nos obliga a ser tajantes: o la revolución se extiende en forma permanente en el interior y en el exterior, o muere. Internamente debe imponer un verdadero gobierno de clase obrera, apoyado en el campesinado y en la clase media urbana. Para ello es necesario superar la ambigüedad pequeñoburguesa del gobierno actual, y entregar toda la tierra a los campesinos, nacionalizar y planificar la industria.

La extensión exterior de la revolución, se logrará haciendo que la misma se comprenda, apoye y desarrolle por el movimiento obrero latinoamericano, que por ahora solo siente una intuitiva admiración y simpatía hacia ella. Se debe superar la etapa en que a Cuba la “entienden” los doctores y los personajes distinguidos sin influencia real en el movimiento de masas.

Estos objetivos se obtendrán si la revolución supera rápidamente su dirección llena de dudas, vacilante, y basada en la dirección inapelable del equipo de Fidel Castro, que oscila entre las presiones de los distintos sectores, y carece de un programa revolucionario.

La quinta etapa de la revolución cubana (agosto 1961)⁶

Decíamos en nuestro artículo [de junio de 1960] que la revolución se extiende o muere. Felizmente la revolución ha seguido un curso ininterrumpido y se ha superado por el camino que señalábamos. Cuando el gobierno revolucionario nacionalizó sin titubeos prácticamente toda la industria, el comercio exterior, la tierra y el sistema bancario, a fines del 60, Cuba se transformó en un nuevo estado obrero, el primero de América y del mundo occidental. Con estas medidas, el gobierno cubano, se elevó a un auténtico gobierno revolucionario, siguiendo la tradición de Lenin y Trotsky en Rusia, y de Durruti en España.

A partir de entonces, la definición del gobierno de Fidel debe cambiar, no solo para la nueva etapa, sino para todo el proceso revolucionario. La única deficiencia fundamental en nuestro artículo anterior, la encontramos en la caracterización de la dirección de la revolución cubana.

Buenos Aires, diciembre de 1961

⁶ Publicado en la revista *¿Qué Hacer?* N° 3, de agosto de 1961.

Cuba, ¿primer estado socialista?

La prensa imperialista denuncia sistemáticamente a Cuba como “satélite del imperialismo ruso”. El propio Fidel y su prensa se definen “socialistas”, o afirman que Cuba es una “democracia popular”, o sea con el mismo nombre que se autodefinen Rusia y los países del este europeo. Todo pareciera indicar que Cuba tuviera la misma estructura que los regímenes del este de Europa y Asia.

Las coincidencias formales señaladas, no pueden, sin embargo, hacernos perder de vista lo que tienen de diferente Rusia, China, Polonia y Yugoslavia, de Cuba. Porque si es cierto que la estructura de la economía son parecidas, el régimen en su conjunto es muy distinto en Cuba que en el sistema stalinista que aplasta y domina a los pueblos orientales,

Pero junto a las posibles diferencias y coincidencias, debemos recordar y explicar que ningún país del mundo, empezando por Rusia, es socialista. Muchos se preguntarán qué importancia tiene para la lucha revolucionaria hacer un análisis cuidadoso de los países y las sociedades; para algunos, es suficiente saber que el enemigo principal de todos los pueblos es el imperialismo y que hay que defender a la revolución cubana. Sin pecar de pedantes, creemos que es necesario conocer a ciencia cierta dónde estamos, para saber a dónde vamos o tenemos que ir.

Las palabras, como todos los hechos humanos, tienen una dinámica, y en consecuencia una curiosa historia. Con el uso, van cambiando de significado, algunas de científicas se tornan populares, otras, que comienzan explicando o expresando situaciones nobles, o sentimientos, se prostituyen, o a la inversa. Un buen ejemplo, es la palabra brasileña “quilombo” que al principio indicaba una comunidad selvática de esclavos liberados, y que con el tiempo, su significado en nuestro país, pasó a ser sinónimo popular de prostíbulo. Otro ejemplo que nos interesa directamente, es el término “socialismo” que ha cambiado su carácter noble y científico, y se ha degradado con el uso. Es por eso, que antes de hacer una apreciación sociológica, debemos empezar por señalar que el socialismo al que nos referimos, nada tiene que ver con la canalla socialista de los Repetto, Ghioldi, Frugoni,⁷ y sus congéneres, ni tampoco con los gobiernos o estados stalinistas, que se autodefinen socialistas, y son la negación del mismo. Los marxistas, han denominado socialismo al régimen social sin clases, sin gobierno, sin burocracia, sin policía, sin ejército, donde todos trabajan y gozan de un formidable nivel de vida. Este régimen, debe estar organizado a escala mundial, aboliendo las fronteras. Sus ciudadanos —clases no habría— deben tener un nivel de vida dos o tres veces superior al del obrero yanqui o suizo mejor pago. En números, eso significa que cada familia, debe tener dos o más automóviles nuevos, televisor, heladera, motos, una magnífica casa, etc. trabajando a lo sumo tres horas, durante cuatro o cinco días semanales.

Este régimen fue el que previeron los fundadores del movimiento obrero y del marxismo, en base a la organización de la economía nacional y mundial sin explotadores, traspasando los bienes de producción a los trabajadores. Marx y Engels creyeron que una vez eliminados los capitalistas de la conducción de la economía, haciendo que las fábricas pasaran a la colectividad, se darían las condiciones materiales para el socialismo, gracias al formidable adelanto de la técnica.

Los hechos, indirectamente, han dado razón a Marx y Engels, ya que si la economía de los países adelantados fuera organizada científicamente, eliminándose a la burocracia improductiva, a los capitalistas, terratenientes y militares, el nivel de vida de los trabajadores sería el soñado por los maestros del marxismo. Pero así como las frías estadísticas demuestran que Marx tenía razón y no era un loco soñador que planteaba imposibles, la historia ha dado un rodeo: los pueblos y países que barren a los capitalistas, no son los más adelantados, sino los más atrasados, o sea los que no tienen las posibilidades de alcanzar el socialismo a corto plazo, porque todavía tienen que alcanzar el nivel económico-técnico-cultural de los países adelantados.

Estos pueblos atrasados, al barrer al imperialismo y a los explotadores, inician el camino hacia el socialismo, pero no han llegado a la meta. Es algo parecido a construir el barrio más hermoso donde está situada una villa miseria, careciendo de mano de obra calificada, arquitectos e ingenieros.

⁷ Nicolás Repetto (1871–1965) y Américo Ghioldi (1899–1984) fueron dirigentes del Partido Socialista Democrático argentino. Emilio Frugoni (1880–1969) fue fundador y principal dirigente del Partido Socialista del Uruguay. [Editor]

Se comienza por derribar los ranchos, después fundar los cimientos, y posteriormente construir los esqueletos, pero tendremos que esperar que lleguen los técnicos para dar la terminación adecuada.

Los pueblos atrasados que han derribado el régimen capitalista, están demoliendo los ranchos, fundando los cimientos y, excepcionalmente, comenzando a estructurar el esqueleto de la nueva sociedad socialista. Pero falta aún terminar los cimientos y la etapa de construcción desgraciadamente, está lejana.

Lo que va desde destruir la villa miseria capitalista hasta terminar el hermoso edificio socialista, lo denominamos “etapa de transición”, o de “construcción del socialismo”. Los marxistas modernos, trotskistas ortodoxos, hemos llamado estados obreros —no socialistas— a los que se encuentran en la etapa de transición. Todavía no hay ningún país que haya logrado el socialismo, y la URSS que por su estructura económico-técnica podría estar cerca, tiene un régimen político y económico más cercano al capitalismo que al socialismo.

Por estas razones, debemos ser conscientes de que Cuba no es un país socialista, y no tiene ninguna posibilidad de serlo a corto plazo.

Por supuesto, Cuba ha dejado de ser una colonia, o un estado capitalista. Ese es el fabuloso salto que la revolución de Fidel le ha impreso al país: ha barrido política, y económicamente, al imperialismo y al capitalismo.

El gobierno y la economía son controlados por el pueblo en armas, y así ha surgido un estado obrero, con el agregado que es el primero en el mundo, no controlado por los comunistas, y que tiene un gobierno que, lejos de estar formado por una camarilla o casta de burócratas vivientes a expensas del pueblo está compuesto por un equipo sacrificado que es el primero en el esfuerzo. Se trata de una dirección revolucionaria que podrá o no, cometer muchos errores, pero que no se ha burocratizado ni ha formado una casta que gane treinta o cuarenta veces más que los trabajadores, como en los países dirigidos por los comunistas stalinistas.

La liquidación de las viejas direcciones

Los movimientos de masas, obreros y semicoloniales, iniciaron su ascenso revolucionario de posguerra dentro de la camisa de fuerza de los viejos aparatos y de las direcciones tradicionales, afianzadas durante el retroceso revolucionario mundial. Los obreros ingleses, yanquis, franceses o italianos, continúan soportando a sus viejos dirigentes o a sus discípulos; y los movimientos nacionales se desarrollaron con el control de los partidos o los ejércitos burgueses, o de la vieja dirección burocrática de Mao Tse Tung. Nehrú, Ferhat Abbas, Perón, Ibañez, Vargas, fueron ejemplos sobresalientes de ese fenómeno.

La extrema juventud de la dirección cubana, o la de Lumumba, son la expresión de un nuevo proceso mundial, las viejas direcciones burocráticas o aburguesadas están siendo reemplazadas, corriendo la misma suerte de Prio Socarrás⁸ y Grau San Martín⁹ en Cuba.

Esa es la razón por la cual los comunistas stalinistas, que tanto defienden a Cuba, se han negado hasta la fecha a definirla como un estado obrero o socialista. Es que esa definición, prestigiaría enormemente, entre los propios militantes comunistas, a la dirección de Fidel. Los cuadros del Partido Comunista tendrían una nueva razón para creer cada vez menos en el gobierno ruso como solución de todos los problemas, y para confiar cada vez más en las posibilidades revolucionarias de las masas de cada país.

Lo mismo ocurre en todos los movimientos latinoamericanos de masas, que comienzan a superar sus viejas direcciones, y buscan nuevos líderes y organizaciones. A este proceso mundial, ha contribuido la revolución cubana.

8 **Carlos Prio Socarrás** (1903–1977) fue presidente de Cuba desde 1948 hasta que fue depuesto por un golpe militar encabezado por Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952. [Editor]

9 **Ramón Grau San Martín** (1881–1969) fue un médico cubano y presidente de Cuba (1933–1934, 1944–1948). Fue sucedido por su protegido, Carlos Prio Socarras. [Editor]

Cuba no es satélite de nadie, sino vanguardia de nuestra revolución latinoamericana. Por su debilidad económica y militar, acepta y busca el apoyo del bloque de países obreros del Este, pero ello, no indica una subordinación política a las directivas stalinistas. La dirección cubana lo ha repetido hasta el cansancio nuestra verdadera solución será “transformar los Andes en Sierra Maestra”. Cuando esto comience a ocurrir, los mejores militantes comunistas y nacionalistas, como en Cuba, desobedecerán a sus viejas direcciones para acoplarse al nuevo movimiento latinoamericano que, consciente o inconscientemente, —en gran medida eso dependerá de nosotros— aplicará la teoría y el programa de la revolución permanente, enriquecido por la gran revolución cubana.

Necesidad de precisar la definición del estado cubano (abril 1961)¹⁰

El estado obrero cubano, ¿tiene características propias, o es una mera réplica de los regímenes comunistas de Europa oriental y Asia? La izquierda nos da dos tipos de respuesta. El stalinismo oficial, sumido en un mar de dudas, tiende a ocultar el carácter socialista obrero de Cuba. Una de las formas de ese ocultamiento, es su negación a estudiar teóricamente el carácter de la revolución cubana. La actitud es comprensible, ya que el castrismo, y antes la revolución húngara, asestó un rudo golpe a la estantería teórica del stalinismo, barriendo el programa de coexistencia pacífica, la etapa democrático-burguesa, y los caminos parlamentarios para arribar al socialismo. Actúan como sordomudos, y solo podemos asentar el hecho de la crisis teórica, política y organizativa que ha provocado al stalinismo la revolución cubana,

Mucho más interesante es la posición teórica de que Cuba es un “estado obrero deformado”, estructuralmente similar a China y otros países comunistas de Europa. El trotskismo ha definido tres clases de estados obreros: el clásico de la democracia partidaria y soviética de Lenin y Trotsky; el stalinista degenerado con una organización totalitaria y el deformado que, desde su surgimiento, tiene todas las características del stalinista, sin haber pasado por el estadio democrático. O sea que nace deformado. En esta última categoría se incluyen con ciertas reservas, países como Yugoslavia y China que llegaron a la revolución, impulsados por el movimiento de masas, a diferencia de los que lo hicieron por el apoyo del Ejército Rojo y la URSS. De acuerdo a algunos teóricos, Cuba debería ser incluida, con las mismas reservas, en el grupo de los estados obreros deformados.

Nosotros creemos que la definición de Cuba tiene que partir del hecho de que no está gobernada por una casta burocrática, y que su dirección es revolucionaria y ha liquidado los viejos aparatos y las viejas direcciones, como expresión nacional de un proceso mundial. Pero el problema se complica ya que, evidentemente, en Cuba no hay una democracia obrera y popular clásica, sino una dictadura revolucionaria que se apoya en el ejército y las comunas agrarias del INRA [Instituto Nacional de Reforma Agraria], y en la movilización permanente de los campesinos y obreros. Esto es una consecuencia del carácter específico de la revolución cubana, que vive la etapa de la acumulación primitiva socialista con el peligro constante de contrarrevolución armada e intervención imperialista. Por otra parte el proletariado industrial, recién se está formando, comenzando a surgir, y muy difícilmente puede ahora, elevarse al plano político de su propia dictadura. A esto se le suma un hecho subjetivo: la traición stalinista impidió el surgimiento, antes de la revolución, de un partido marxista revolucionario. La dictadura democrática y obrera, es suplida, entonces, por la dictadura del partido único, como etapa política previa.

Creemos que mientras no surja una casta privilegiada gobernante en Cuba, y mientras el gobierno se apoye en la movilización constante del pueblo trabajador para derrotar la contrarrevolución y para elevarse en el camino del socialismo, la conquista de la dictadura del proletariado es un proceso inevitable y natural que no significará ninguna lucha, ya que el propio gobierno revolucionario es una garantía del mismo. Las frustraciones y las trabas, podrán venir, no del gobierno revolucionario, sino de la burocracia que pueda formarse, de la situación económica, del grado de madurez y desarrollo del proletariado, y de la situación de la contradicción

¹⁰ Resumen de la grabación de la intervención del autor en el III Congreso Nacional de Palabra Obrera, en abril de 1961, polemizando contra la posición de la deformación del estado obrero cubano.

revolución-contrarrevolución en Cuba, en Latinoamérica y en el mundo. A medida que se conjuguen en forma favorable estos factores, el proceso hacia la democracia obrera será infrenable. Mientras tanto, Cuba, es un estado obrero en transición, fluido y dinámico, que tiende hacia la democracia obrera, a la que aún no ha podido llegar, porque no hay condiciones objetivas y subjetivas.

La importancia de la definición radica en que nos permite ayudar a cumplir las etapas que conducen a la democracia obrera en Cuba. Sería un crimen no comprender, en nombre de la democracia obrera, que son necesarias etapas, para llegar a ella. Sería lo mismo que atacar a la magnífica, honesta y revolucionaria dirección sindical de una rama industrial en formación con obreros del campo, y recién agremiados, acusándola de no lograr que el sindicato incorpore inmediatamente a su vida democrática a los obreros recién llegados, y que, por otra parte, están muy contentos con su nuevo trabajo. ¡Tiempo al tiempo! Esos obreros solo se podrán incorporar activamente a la vida sindical cuando se asimilen a su nueva clase y costumbres. Pero si encima la patronal y el imperialismo atacan sin misericordia al sindicato y a su joven dirección, la incorporación se debe hacer cuaduplicando los cuidados y las precauciones.

El paso más importante para facilitar las condiciones objetivas para la democracia obrera, es desarrollar la revolución en Latinoamérica, con lo que se acelerará el proceso económico-cultural de acumulación primitiva socialista, y se alejará el peligro de intervención armada a largo plazo (no el inmediato, se entiende).

CAPÍTULO IV

La revolución conmueve los cimientos de Latinoamérica

Con la revolución cubana, Latinoamérica traspone el umbral de un proceso revolucionario que, probablemente, culminará con la instauración de gobiernos obreros campesinos y populares, a corto plazo. En términos exactos, ese proceso de conjunto, está en un nivel prerrevolucionario, con las masas en ascenso y los gobiernos cipayos en crisis. Si bien la próxima tarea es liquidar esos gobiernos, en determinados países ello no se puede lograr ahora mismo.

La revolución cubana, como vanguardia de ese proceso, ha conmovido los cimientos del continente hasta tal punto que, de ahora en adelante, será referencia obligada de los que estudien la historia, la política, la lucha de clases, la cultura o el arte latinoamericano. En todo caso será necesario decir “antes y después de la revolución cubana”, como los asiáticos dicen “antes y después de la revolución china”, o la historia del mundo se divide en el período previo y el posterior a la revolución rusa.

Un desprevencido observando la revolución latinoamericana puede desviarse de su eje central observando la multitud de sub-fenómenos que se desprenden y adquieren su dinámica propia. Los futuros historiadores deberán rastrear esas ramificaciones. En cambio la misión de los actuales revolucionarios, es despejar de la madeja los factores decisivos para nuestro quehacer. Es así que nos atrevemos a distinguir cinco fenómenos derivados del proceso revolucionario abierto por Cuba, y que, siguiendo una dinámica propia, reaccionan sobre él.

1) Un cambio en la relación de fuerzas imperialismo– masas y países latinoamericanos

La nueva relación de fuerzas se ha hecho tan favorable a las masas, que se plantea la perspectiva histórica inmediata de lograr la unidad latinoamericana, mediante una federación de estados obreros.

La nueva situación se refleja, distorsionadamente, en las fisuras abiertas en el bloque colonial dominado por Estados Unidos, y en los esbozos de posiciones independientes adoptadas por algunos gobiernos cipayos.

La conferencia económica de Punta del Este [en marzo de 1961], mostró no solo que el Che Guevara es un magnífico orador, sino que la posición diplomática de las cuatro grandes potencias del sur, no es ya de absoluto servilismo hacia el Departamento de Estado. Un observador argentino o chileno de esta nueva realidad, corre el riesgo de no verla o no valorarla, pues su ángulo de visión está empañado por el hecho de que esos países fueron tradicionalmente baluartes de la lucha anti yanqui y hoy han invertido sus posiciones, al cabo de sendas “revoluciones libertadoras”. Quien se calase anteojeras argentinas o chilenas, no entendería que el proceso de conjunto, apunta al resquebrajamiento del bloque colonial norteamericano, pese a que esos dos países están más amarrados al carro yanqui más que antes.

Históricamente, los pilares de la diplomacia norteamericana eran Brasil y Uruguay al sur, y México y Cuba al centro, A través de estos cuatro países, Estados Unidos dominaba totalmente las conferencias panamericanas desde 1940. Pese a esporádicas resistencias ofrecidas por Guatemala, Argentina y Chile. La realidad ahora es que, de esas cuatro puntas de lanza que manejaba el Departamento de Estado, Cuba se liberó volviéndose contra él; Uruguay ha mellado considerablemente su filo y exige condiciones para su servidumbre y México y Brasil han escapado del control directo, esbozando posiciones neutralistas, especialmente Brasil, que alcanzó a poner un pie sobre el bloque de los países neutrales.

Perú es ahora el trampolín mediante el cual la política yanqui se proyecta hacia el continente. Pero la unidad del imperio, se ha debilitado y roto, como lo demuestra el que los Estados Unidos no logran respaldo latinoamericano de conjunto para aplicar medidas agresivas contra Cuba.

Estos fenómenos son consecuencia —directa o indirecta— de la revolución cubana. Nuestros países por la vía prostituida de los gobiernos cipayos, que chantajea y negocian pero en última instancia sirven al imperialismo, son mucho más independientes del Departamento de Estado que antes. La relación de fuerzas se ha hecho mucho más favorable a las masas y los países latinoamericanos y si no del todo, si todavía seguimos dominados férreamente amarrados en lo económico, político y militar, es porque los gobiernos están en manos de la oligarquía latinoamericana, enfeudada al imperialismo.

2) Un cambio en la relación de fuerzas entre las masas y las oligarquías nativas

La relación se ha hecho tan favorable a las masas en contra de las oligarquías y sus gobiernos, que se ha planteado como tarea inmediata actual el derrocamiento de éstos, y su reemplazo revolucionario por gobiernos obrero-campesinos, u obrero-populares.

El movimiento de masas ha saltado de la etapa de las conquistas económicas, dentro del régimen, a la etapa de la conquista de los gobiernos. Este salto —en la actividad y en la conciencia— es una de las consecuencias cubanas más importantes.

El avance de las masas, está deshaciendo la maniobra imperialista de canalizar el ascenso revolucionario, hacia regímenes “democráticos” tipo Frondizi, Prado, Betancourt, Velasco Ibarra.¹ El viento y la marea del ascenso revolucionario van derrotando la táctica de apuntalar ficciones democráticas y esos gobiernos están cayendo en una situación sin salida económico-política. El mejor ejemplo son dos países claves en la revoluciones centro y suramericanas: Santo Domingo y Brasil. Este, con la renuncia de Quadros,² ha entrado en un tembladeral, y Santo Domingo, donde la lucha de clases se está librando sobre una cuerda floja de la que puede caer cualquiera, es la culminación de un proceso que también atravesaron Guatemala, Colombia, Chile, Ecuador, Perú, Paraguay, Venezuela y Argentina.

Argentina, Venezuela, Guatemala y Chile viven en crisis con un movimiento de masas, que, derrotado, retoma la ofensiva con nuevos bríos y métodos contra los gobiernos, que están desprestigiados hasta el límite. Y este es el panorama de los países más estables...

México —que en las dos últimas décadas fue, junto a Uruguay, modelo de orden pro-imperialista— comienza a agitarse en torno a los grandes problemas que soportan las masas. Y en los países restantes, la situación es aún más crítica. En Colombia y Paraguay hay guerrillas prontas, que en el primer caso comienzan a ser dirigidas por intelectuales, lo que les da un carácter mucho más explosivo, y objetivos más precisos y nacionales. Brasil y Perú están conmovidos por un impresionante proceso de sindicalización campesina, conatos y perspectivas guerrilleras, y un

1 **Arturo Frondizi** (1908-1995) fue presidente de Argentina en 1958-1962. **Manuel Prado** (1908-1967) fue presidente de Perú en 1956-1962. **Rómulo Betancourt** (1908-1981) fue presidente de Venezuela, por segunda vez, en 1959-1964. **José María Velasco Ibarra** (1893-1979) fue cinco veces presidente de Ecuador, incluyendo 1960-1961. [Editor]

2 **Jânio Quadros** (1917-1992) fue presidente de Brasil desde enero a agosto, 1961. [Editor]

gran fortalecimiento del movimiento obrero, circunstancias que los transforman en el meridiano del proceso revolucionario.

Esta visión panorámica del continente nos demuestra la intensidad del ascenso revolucionario —sin precedentes en la posguerra— que enfrenta a gobiernos cipayos en crisis, montados sobre las espaldas de una oligarquía también en crisis.

3) Aceleramiento de la crisis del imperialismo yanqui

La crisis del imperialismo es un hecho admitido por los propios imperialistas. Iniciada antes de la revolución cubana por los impactos de las revoluciones coloniales y de los portentosos avances técnico-militares de la URSS, ahora se ha agudizado considerablemente. Cuba estalla en medio de la crisis imperialista, acelerándola y pasándola a una fase superior, e inscribiéndose en el proceso revolucionario norteamericano como una etapa en la que los países latinoamericanos —colonias directas de Estados Unidos— comienzan su segunda independencia.

Sobre dos hechos principales cabalga la revolución norteamericana: el ascenso del movimiento negro como reflejo directo de la revolución en África, con su tendencia a darse una dirección pequeñoburguesa, más plebeya (surgida de la intelectualidad y el estudiantado) en reemplazo de la burguesía negra del norte que controlaba el movimiento; y un proceso de esclarecimiento y reagrupamiento de la vanguardia estudiantil e intelectual, que no son decisivos, pero que importan como un síntoma superestructural del proceso obrero y campesino, especialmente negro.

4) Crisis de los viejos partidos nacionalistas y surgimiento de un nuevo movimiento latinoamericano

Antes de la revolución cubana, los movimientos nacionalistas de masas, tenían un programa y una metodología putschista, o electoral burguesa, mezquinamente nacionalista, y a lo sumo, pequeñoburgués propagandista. El peronismo, varguismo,³ MNR,⁴ el Partido Ortodoxo cubano, etc. llegaron al gobierno mediante golpes militares o elecciones, a través de una intensa campaña propagandística, y las reivindicaciones nacionalistas que plantearon, se limitaron a las fronteras del país. A lo sumo, en el caso de los más progresistas, intentaron un frente único de varios países para chantajear al imperialismo.

La revolución cubana ha liquidado definitivamente las características programáticas y metodológicas de los viejos movimientos superándolas ante los ojos de las masas. Ha barrido con el putschismo y el electoralismo burgués, el propagandismo pequeñoburgués, y el nacionalismo provinciano.

El movimiento nacionalista es hoy latinoamericano y es consciente de que se trata de un movimiento de conjunto. La dirección cubana es clarividente al respecto, y se comporta como integrante de un proceso más que cubano continental. La reacción también lo ha comprendido, bautizando al nuevo movimiento, con el apropiado nombre de fidelismo. Este implica un gran paso adelante, aunque, desde luego, no está exento de que su dirección cometa errores oportunistas o aventureros, ni de que importantes sectores burgueses coqueteen con él, y traten de utilizarlo ante el imperialismo. Pero en su seno, están dadas todas las condiciones para que, en el curso de su estructuración y desarrollo, sean barridas las tendencias oportunistas, pequeñoburguesas y burguesas.

3 Seguidores de **Getulio Vargas** (1882–1954) quien fue presidente de Brasil, primero como dictador desde 1930 a 1945, y luego electo por voto popular desde 1951 hasta su suicidio en 1954. Favorecía el nacionalismo, la industrialización y la centralización de la economía, las medidas que mejoraran el nivel de vida popular y la conciliación de clases. Por esto último le dieron el apodo de “Padre de los pobres”. [Editor]

4 **MNR**: Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido burgués boliviano. [Editor]

5) Aceleración de la crisis de los partidos comunistas

La revolución cubana ha roto el monopolio propagandístico-emotivo que de los distintos triunfos revolucionarios mundiales, tenían los partidos comunistas y el stalinismo. Ellos habían controlado las revoluciones, y esta circunstancia pesaba más que todas las argumentaciones políticas e históricas demostrativas de que estos partidos fueron un freno que impidió, desvió o postergó la mayoría de los procesos revolucionarios mundiales al servicio de una casta conservadora montada sobre el estado soviético.

Cuba es el primer triunfo de las masas que el stalinismo no puede usufructuar, y sus métodos que la llevaron al triunfo, han asestado un rudo golpe a los métodos parlamentarios para llegar al socialismo, propuestos por el stalinismo en todo el mundo y especialmente en Latinoamérica y Cuba.

En estos momentos ningún militante comunista honesto deja de plantearse la siguiente incógnita que por su sola formulación pone en duda la concepción stalinista (es decir burocrática soviética) de la revolución: ¿qué es más importante, el desarrollo de los procesos latinoamericanos, con los métodos cubanos, o el fortalecimiento de la URSS mediante la política oficial de coexistencia con el imperialismo, aplicada en Latinoamérica? Aun aquellos militantes que intentan sintetizar ambas tareas no pueden dejar de preguntarse cuál de las dos es esencial, y los mejores se pronuncian por el desarrollo de la revolución latinoamericana, con lo que dejan de ser militantes disciplinados del stalinismo, para empezar a ser militantes de la revolución mundial.

La crisis histórica del stalinismo tiene un nuevo contenido, que muchos no advierten todavía, creyendo que la revolución cubana lo ha fortalecido o lo va a fortalecer. Lejos de esto le ha asestado un golpe brutal, planteándole en el terreno práctico la necesidad de ejecutar las tareas revolucionarias, y no las que dicta el ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS. Es un verdadero proceso de crisis, con altibajos, pero con la orientación señalada, y que es fácil advertir en la polémica que existe entre los partidos comunistas, e internamente en cada uno de ellos. Hay una división radical entre los partidos comunistas de Sudamérica y los de Centroamérica. Éstos últimos se acercan a posiciones revolucionarias en sus cuadros y sectores dirigentes (entre ellos está el Partido Socialista Popular cubano) y se diferencian de los partidos sudamericanos, que son mucho más burocráticos (y que han sentido considerablemente menos, el impacto de la revolución cubana). Este es el caso de los partidos de Argentina, Chile y Uruguay. Es un hecho común encontrarse en las conferencias internacionales con que los militantes y delegados de los distintos partidos comunistas, polemiquen públicamente sobre el interrogante de hierro que les ha planteado la revolución.

La etapa actual de la revolución

Hemos descripto los cambios más importantes ocurridos como consecuencia de la revolución. Nos falta sintetizarlos para proyectar la película de la nueva situación continental, es decir, fijar la etapa revolucionaria e histórica en la que hemos entrado.

Ya antes del triunfo de Fidel, se había abierto una nueva etapa en el continente: la de la democracia representativa y las libertades democráticas formales. Esta etapa ha sido consecuencia de fenómenos encontrados, el principal de los cuales, es un cambio en la política del Departamento de Estado, intentando promover una revolución democrática desde arriba, para conformar a las masas, y garantizar al mismo tiempo, sus intereses.

El cambio de política yanqui, que había comenzado antes del triunfo cubano, es producto del temor imperialista al avance de la revolución mundial. Trata de entregar a las masas las reivindicaciones más baratas, que no afectan a sus intereses económicos y políticos, antes de que las masas se las adueñen como ocurrió en Cuba, liquidando al imperialismo. En esto Norteamérica ha aprendido de su maestro, el imperialismo inglés. Recordemos que cuando empezó la revolución colonial en Asia, Inglaterra se apresuró a negociar concesiones al movimiento nacionalista y a conceder la independencia, antes de que las arrebataran con métodos revolucionarios. Así pudo

preservar su influencia económica y lograr que importantes sectores burgueses y pequeño burgueses colaboraran con las nuevas fórmulas democráticas de dominación imperialista.

Los yanquis tratan de aplicar una política parecida en Latinoamérica. En lugar de la independencia política que otorgaban los ingleses, conceden la democracia representativa combinándola al mismo tiempo con exigencias político-económicas coloniales. Es necesario comprender esta actitud del imperialismo norteamericano para poder establecer la etapa actual de la revolución latinoamericana, y en consecuencia, las tareas a realizar.

Pero antes de establecer esa caracterización, es necesario hacer una breve consideración metodológica. Los revolucionarios rusos estudiaron las etapas de los procesos revolucionarios contemporáneos, aplicando el patrón de las etapas de la revolución rusa. Esas etapas (revolución democrática de febrero, poder dual, jornadas de julio, revolución de octubre, revolución agraria y urbana, guerra civil) pueden agruparse en tres grandes períodos:

1) **POLÍTICO:** que incluye la revolución de febrero, el poder dual y las jornadas de julio, hasta la revolución de octubre.

2) **ECONÓMICO:** que incluye la revolución agraria y la socialista de la economía urbana.

3) **MILITAR:** que incluye la guerra civil.

Trotsky, basándose en este esquema ruso, y analizando cuidadosamente las características específicas, estudió las revoluciones alemana, húngara, italiana, española, francesa; en todas, señaló una etapa de iniciación democrática (revolución de febrero), previó la inevitabilidad de las jornadas de julio y de la revolución de octubre, como consecuencia posterior.

Con este método (comparación y análisis específico) se puede fijar correctamente la etapa de un proceso revolucionario, de la que dependen las tareas. Así, de una caracterización errónea de la etapa, pueden surgir tareas que frustren o aborten la revolución. Trotsky, con ese método, enseñó a combatir a los sectarios y a los oportunistas. A los primeros, que históricamente y cualquiera fuera la etapa en curso, planteaban “todo el poder a los soviets”, los refutaba esclareciendo sobre las necesidades y posibilidades de la etapa. Así por ejemplo, las masas españolas, antes de la caída del rey, no tenían planteada la posibilidad ni la necesidad de crear soviets, o desarrollar tareas clasistas revolucionarias, sino una mucho más modesta y efectiva: derribar la monarquía y citar una asamblea constituyente, o sea, efectuar la revolución de febrero. Como vemos, el triunfo revolucionario en Rusia, no eximía a las masas españolas de hacer su revolución democrática, sino que la planteaba con urgencia impostergable. Y desde la misma trinchera teórica, Trotsky combatió al oportunismo: comprendiendo la etapa del proceso revolucionario. Una vez establecida ésta, e impedido toda desviación oportunista o sectaria, su método era promover una movilización revolucionaria de las masas para cumplirla, sabiendo que una vez realizada, el proceso no se interrumpiría allí, sino que continuaba en permanencia hasta la revolución socialista.

Hoy y aquí, podemos advertir hasta qué punto son valiosas esas enseñanzas de los revolucionarios rusos, cuyo método debe ser aplicado también en nuestra situación.

Las etapas de la revolución cubana, deben ser estudiadas cuidadosamente, ya que en cada país del continente el proceso se cumplirá en forma muy parecida. En este sentido, podemos decir que el Movimiento 26 de Julio da la pauta de una etapa latinoamericana del movimiento de masas y sus tareas. Es la versión occidental de la revolución de febrero. El 26 de julio y su método guerrillero, es un movimiento democrático revolucionario en lucha contra el gobierno cipayo de su país. Y el hecho de que en Cuba ese movimiento haya triunfado y superado la etapa iniciando la acumulación socialista, no hace saltar la etapa democrática a los restantes países del continente, sino —como en el ejemplo español— la plantea con carácter perentorio y en forma distorsionada.

En todos los países ya se está viviendo la etapa del Movimiento 26 de julio, la lucha contra los gobiernos y ejércitos entreguistas y de conquistas democráticas, pero con características especiales, ya que la democracia formal y los gobiernos democrático burgueses, no solo son conquistas de las masas que quieren arrancar con métodos revolucionarios, sino que son también objetivos a lograr por la nueva política del imperialismo. Esa es la forma específica con que se da en Latinoamérica la

etapa democrática (o de febrero, o del 26 de julio). Si la revolución cubana tuvo que enfrentar una dictadura brutal como la de Batista, en el resto del continente, el proceso revolucionario enfrenta a gobiernos que, por exigencias del imperialismo, tratan de ser democrático-representativos. Podemos decir que Latinoamérica vive la etapa revolucionaria de febrero, pero iniciada y controlada desde arriba por el imperialismo. Cuba, en cambio, inició la revolución democrática desde abajo, y profundizó el proceso desde la toma del poder y las conquistas formales, hasta la realización de las conquistas democráticas de fondo: la revolución agraria y antiimperialista. Latinoamérica, también vive ya esta etapa de revolución democrática de fondo, que en algunos países se manifiesta con esbozos de poder dual en la lucha por la revolución agraria, que ha comenzado en Perú, Colombia y Brasil, no solo con los sindicatos campesinos y las guerrillas, sino con la ocupación de tierras desconociendo el poder gubernamental.

Con estos dos conceptos podemos terminar de definir la etapa actual: vivimos un proceso combinado de libertades democráticas formales otorgadas desde arriba, y otro, mucho más revolucionario y profundo, democrático de fondo, la revolución agraria y los brotes de poder dual (ocupación de tierras). Ambos procesos son altamente positivos y revolucionarios, no se contraponen, sino que se combinan, aunque la oligarquía y el imperialismo intentan frenar uno con el otro.

Este concepto lo habíamos escrito hace más de un año, cuando los acontecimientos se han encargado de confirmarlo. Brasil, Ecuador y Colombia demuestran que el ascenso revolucionario se inscribe dentro de la etapa democrática de la revolución. Además de Perú, esos tres países son los que viven una situación revolucionaria más aguda. Justamente, en ellos la movilización campesina y democrática es más intensa. En Brasil y Ecuador la movilización democrática formal por el régimen de gobierno estuvo a un paso de provocar la guerra civil. En Perú, las consignas que nos están conduciendo a la revolución, son “tierra y voto para el campesino”, que nada tiene de clasista, y todo de democrático-burguesa.

Una vez fijada la etapa, debemos alertar contra el peligro de hacer un fetiche de la misma, tendiendo a permanecer indefinidamente en ella. Cuba y su magnífica dirección revolucionaria dio un salto de la revolución democrática a la socialista, y ello tiene una gran importancia para la dinámica de la etapa democrática que vive el continente, que se puede abreviar por dos motivos combinados: la experiencia de las masas cuya vanguardia cubana ya pasó a un nivel superior, y la experiencia que efectúa la vanguardia revolucionaria latinoamericana. Ni la histeria de los sectarios, ni el fácil optimismo de muchos harán que la etapa democrática se soslaye o evite. Por el contrario: la revolución cubana ha puesto a la orden del día las tareas de febrero del calendario ruso, o los objetivos del 26 de Julio del calendario latinoamericano. Si así lo comprendemos, aceleraremos su cumplimiento.

CAPÍTULO V

La experiencia de Cuba y las masas latinoamericanas

Se trata ahora de establecer por qué caminos, a través de qué consignas y métodos, la revolución latinoamericana llegará al poder.

A este respecto, la historia revolucionaria mundial es un venero inagotable de enseñanzas y sugerencias, nuestra mejor fuente de experiencias, para elaborar el programa revolucionario de las masas latinoamericanas, Cuba —no debemos olvidarlo— es parte del proceso que inicia la revolución rusa, de modo que las experiencias de todas las revoluciones son de importancia fundamental. Ese es nuestro objetivo: basarnos en las experiencias anteriores para intentar la solución del problema que hoy nos inquieta a los revolucionarios latinoamericanos.

La teoría y el programa de la revolución permanente

En su ataque a Stalin, la voz de Krushev ha actuado, tímidamente, como agente de la historia. Tímidamente, porque el gobernante ruso ha quedado a mitad de camino. Es que él no puede, como representante de la burocracia soviética, llegar hasta el final. Y el final no puede ser otro que reconocer que Trotsky tuvo razón con su teoría y programa de la revolución permanente.

Durante décadas el movimiento mundial ha discutido sobre la revolución permanente, que sostiene que el proceso revolucionario es mundial y no puede detenerse en un país, y además es permanente, aunque empiece por cumplir tareas mínimas, democráticas u obreras. El stalinismo, en cambio, afirma que la revolución es nacional y solo nacional, y que la revolución democrática es una etapa de larga duración en los países atrasados, que se debe cumplir antes de pasar a la etapa socialista. En la polémica el stalinismo llegó a afirmar que la posición trotskista ignora la revolución agraria, democrática o nacionalista, y solo aspira a una revolución mundial socialista única. Esto es una deformación, ya que la revolución permanente sostiene algo mucho más simple: las revoluciones se combinan entre los distintos países, y dentro de un país, de etapa a etapa, de modo que no hay fronteras interiores ni exteriores: dentro, se combinan la revolución agraria y democrática con la nacionalista y socialista; fuera, se combinan de país a país y región a región, de modo que no hay una revolución en China aislada, sino una revolución que abre un proceso en Asia, triunfa en media Indochina y Corea, y provoca el ascenso de las masas japonesas; no hay una revolución nacionalista egipcia, sino una revolución árabe, cuyo punto culminante, hoy, es Argelia; etc., etc., Y el ejemplo contrario no es menos sintomático: no hay retroceso de las masas francesas, sino en toda Europa occidental.

Cuando la revolución china derriba a Chang Kai Shek se conforma con una tímida reforma agraria, pero cinco años después expropia a los terratenientes y a los industriales, e inicia una experiencia de comunas agrarias. Y lo mismo ocurre en Cuba, en el corto lapso de un año: de revolución democrática, casi pura, pasa a revolución agraria y socialista. Y también en Indochina y Corea... en todos los casos hay una progresión permanente, ininterrumpida de las etapas.

Lamentablemente las direcciones de los movimientos de masas no se han elevado, todavía, a la comprensión de esta teoría y programa, que, sintetizando las experiencias revolucionarias del marxismo clásico, ha pronosticado correctamente el curso general de las revoluciones contemporáneas. Pero es tan desgraciada esa ignorancia, como la frecuente prostitución sectaria de la revolución permanente de los que intentan “simplificar” las revoluciones, creyendo que hay un solo programa, una sola etapa y una sola revolución directamente internacional y socialista, en todas partes. Quienes así proceden, ignoran que la revolución, es permanente, pero arranca de las tareas más generales y primarias sentidas por las masas.

Desde luego, la vida, ha puesto en evidencia las lagunas, omisiones y errores del programa de la revolución permanente. En ello nos detendremos en el próximo capítulo. Ahora queremos estudiar el detalle de la aplicación de la revolución permanente en el continente, vale decir, las tareas generales y primarias de las que arranca el proceso revolucionario, que, como sabemos, no se detendrá.

La revolución cubana exige hacer la revolución democrática

Las tareas más importantes encaradas por las masas a partir de la revolución cubana, son democráticas. Dicha revolución no evitó esas tareas para el continente, sino que las transformó de históricas, en inmediatas y pedestres. Lo afirmamos categóricamente porque existe el riesgo de creer que porque Cuba, siguiendo la lógica de la revolución permanente, está abocada a tareas socialistas, en el resto de los países ocurre lo mismo. Nada de eso. Cuba bajó las tareas democráticas del anaquel de la historia y las colocó a la vuelta de la esquina para su solución política inmediata, en todos los países de Latinoamérica.

Pero es necesario aclarar qué entendemos por tareas democráticas, porque hay interpretaciones distintas de las mismas. Así, los partidos comunistas, han sido los exponentes más conspicuos de las uniones democráticas, con las cuales hemos diferido casi constantemente. Los partidos comunistas, bajo el manto de un planteo formalmente correcto: “hay que hacer la revolución democrática”, cometió el mismo error que los sectarios que ignoran esas tareas, pero por razones inversas. Estos últimos, desconocen la etapa democrática, en nombre de la movilización revolucionaria del proletariado, y los stalinistas frenan la movilización revolucionaria en nombre de la etapa democrática. La corrección hay que encontrarla en la síntesis: cumplir las tareas democráticas mediante el método de la movilización revolucionaria de las masas.

Pero no solo nos diferenciamos de los partidos comunistas por diferencias de método para encarar las tareas democráticas, sino que bajo este rótulo, entendemos distintas cosas. Ellos consideran democrático a un gobierno o un movimiento que quiere comerciar con la Unión Soviética y otorga legalidad al partido comunista, como viajante de comercio de aquélla. Nosotros entendemos por revolución democrática un complejo proceso económico-político-social, que gira alrededor de un simple eje social: son las movilizaciones y tareas que preocupan a la mayor parte del pueblo (y no a una sección del mismo como la clase obrera). Por consiguiente las grandes tareas democráticas son de dos tipos: políticas y económicos. Las primeras se refieren a las libertades y reivindicaciones democráticas (derecho al voto, legalidad a los partidos y candidatos, independencias políticas en las colonias y semicolonias, asamblea constituyente, etc.) y las segundas, tienen que ver con el problema agrario, la independencia económica en los países subyugados, y con la reforma urbana. La independencia nacional, en consecuencia, es un problema económico-político.

Las tendencias reformistas o burguesas, conceden importancia a los problemas políticos, ignorando los que se relacionan con la estructura económica de la sociedad. Los revolucionarios, en cambio, damos importancia principal a las tareas democráticas estructurales (revolución agraria, reforma urbana, independencia nacional) sin ignorar las políticas, ya que el cumplimiento de éstas, posibilita el logro de las otras.

Sintéticamente, bajo la denominación común de revolución democrática, entendemos cuatro grandes tareas generales para Latinoamérica:

- 1) Tareas político-democráticas.
- 2) Revolución agraria.
- 3) Reforma urbana.
- 4) Independencia nacional.

Si estudiamos la revolución cubana, vemos que la reforma urbana (solución del problema de la vivienda) se logró recién después del triunfo. Creemos que esa va a ser la dinámica general, de modo que la reforma urbana será un motor importante, pero no el principal, en la primera etapa de la revolución permanente. Si también eliminamos los problemas políticos —que son fundamentales en el desarrollo formal de la revolución democrática, y posiblemente el eje principal en todos los países— nos quedan dos grandes tareas: la revolución agraria y la independencia nacional. Podemos decir que la primera es el motor hacia el norte de Sudamérica; en cambio, en el extremo sur, (San Pablo, Río Grande, Uruguay, Argentina, Chile) el problema agrario tiene menor importancia y se combina de otra manera, con la lucha por la independencia nacional y las demás tareas democráticas.

Las clases y las regiones en el proceso revolucionario

Las tareas democráticas, como hemos dicho, involucran a todo el pueblo. Esto significa que en ella, intervienen tres clases fundamentales: obrera, campesina y media urbana (moderna y pre-capitalista). La primera pregunta que nos tiente, es: ¿cuál de ellas acaudillará la lucha?

La revolución cubana confirmó en nuestro continente, algo que ya había sido demostrado por las revoluciones asiáticas: el dogma de que la única clase que puede cumplir las tareas democráticas es la obrera, es falso. Sectores de la clase media urbana y el campesinado son, en ocasiones, los caudillos revolucionarios. Por ahora nos limitamos a asentar este hecho, que en el próximo capítulo analizaremos en sus derivaciones teóricas.

Pero así como esas revoluciones rompieron un esquema falso, por errores interpretativos, pueden imponer otro, también equivocado: que el campesinado es el único caudillo de la revolución. En Latinoamérica, hay un ejemplo terminante contra esa errónea generalización: la fabulosa revolución boliviana, dirigida por el proletariado. La historia que ha dado un mentís a la teoría de que el proletariado, en los países atrasados, es la dirección revolucionaria, ha confirmado que a escala internacional e histórica (en el propio marco nacional) la clase obrera sigue siendo el único caudillo de la revolución permanente. Solo ella podrá cumplir la transición al socialismo y, por esa razón, las tareas de transición, a pesar de que en un principio sean llevadas por otras clases, siguen siendo obreras.

Esto complica los problemas de toda tendencia revolucionaria, ya que no puede dejar de ser ni obrera ni revolucionaria en su programa y métodos, aunque las circunstancias la obliguen a trabajar esencialmente sobre clases no obreras. Hemos planteado dos problemas correlativos: el primero, es la combinación de las tres clases populares en la revolución; el otro, es la política y la estrategia de las organizaciones revolucionarias, para defender los intereses generales de la clase obrera en el proceso inmediato de la revolución. Respecto al primero, podemos decir que en los países y regiones del sur, adquiere mayor importancia la clase obrera. Mayor y no decisiva, porque la clase media urbana (o las regiones más retrasadas en vez de las ciudades) en un momento dado pueden ser la vanguardia. De cualquier forma la tendencia en estos países, apunta hacia la clase obrera. Lo contrario ocurre en el norte. Con relación al segundo problema, la salida general, es clara: toda organización revolucionaria debe seguir trabajando sobre la clase obrera, ni por un momento debe romper sus vínculos con ella, pero tampoco debe rendirle un culto, ni [darle] su trabajo esencial: la situación de cada país indicará la distribución de fuerzas en cada etapa. Lo importante es que en la combinación de tareas se tenga una visión amplia, de conjunto, de la situación del país. El más grave error, sería tener una limitada visión obrerista de las perspectivas y

del trabajo. El ejemplo es la revolución cubana, en cuyo anecdotario, figura una conocida discusión entre un dirigente sindical y varios militantes revolucionarios, que le preguntaron por su posición cuando el 26 de Julio desembarcó en Cuba. El dirigente sindical, sin dudar mucho, contestó: “seguí luchando por la independencia política del movimiento obrero”... Los revolucionarios rieron a carcajadas y contestaron categóricamente: “Había que haber volcado el mayor esfuerzo para ayudar al Movimiento 26 de Julio”. Aquel dirigente nos enseña, con su trágico error, a no hacer un fetiche del movimiento obrero.

Derrocar los gobiernos cipayos imponiendo gobiernos obreros, campesinos y populares

El ascenso de las masas latinoamericanas pone a la orden del día una consigna fundamental, básica, eje del proceso revolucionario en cada país: derribar los gobiernos entregados al imperialismo y reemplazarlos por gobiernos revolucionarios. Puede ser una tarea mediata o inmediata —depende del país— pero está planteada ahora. En ese sentido, mediata, significa uno, dos o tres años. Las dificultades principales radican en que el imperialismo y los gobiernos están advertidos del peligro que corren, y han variado su táctica: ya no repetirán la política de Batista, ni el imperialismo adoptará una posición semiabstencionista, como en los comienzos de la revolución cubana. Con Eisenhower comenzó una campaña de democratización formal en las colonias latinoamericanas abandonándose la política de los dictadores y fomentándose el surgimiento de gobiernos “democráticos” parlamentarios. Los regímenes dictatoriales personales habían facilitado las revoluciones coloniales, y el Departamento de Estado concluyó que era preferible un acuerdo con los partidos de las mayorías parlamentarias, y no con las dictaduras personales, que al caer, arrastraban consigo sus pactos con Norteamérica. El viraje se evidenció con la mencionada táctica semi-abstencionista entre Fidel y Batista, pero siempre de un margen estrecho: cuando un país quiso utilizar las instituciones republicanas para lograr independencia nacional, fue masacrado: Guatemala.

Kennedy avanzó todavía más en esa línea diplomática, tratando de extenderla al campo económico y paralelamente, reforzando las garantías reales de la dominación yanqui, transformando los ejércitos nacionales en meros apéndices del Pentágono. Ha aplicado así, en todas las esferas, el sistema del gran consorcio con sucursales: no solo hay sucursales de General Motors o del King Ranch, sino también del Pentágono, que reúne sus gerentes locales en el comando de la Junta Interamericana de Defensa.

Las masas latinoamericanas enfrentan en estos momentos a los gobiernos democrático-formales, y a los comandos superiores de las fuerzas armadas, dependientes del Pentágono. Es importante subrayar este nuevo rol de las fuerzas armadas (principalmente ejército y marina), porque durante muchos años, fueron un factor burgués-nacionalista, que aspiraba al engrandecimiento del país a costat del imperialismo o de los países vecinos. Ha ocurrido con las fuerzas armadas, algo similar que con la iglesia católica, que, de vieja enemiga, se ha convertido en una diligente Celestina¹ y agente político más importante al servicio del Departamento de Estado. Y cumple su nueva servidumbre, con su proverbial astucia e inteligencia.

Pese a sus frecuentes roces, los dos enemigos de las masas, gobiernos y fuerzas armadas, están estrechamente ligados. El que verdaderamente sostiene al régimen, son los comandos superiores de las fuerzas armadas, de ahí que sean el principal enemigo. Combatirlos por la propaganda, la agitación y la acción, es la principal tarea revolucionaria de este momento, y la que nos conduce de la mano a la derrota de los gobiernos cipayos.

1 **La Celestina** o, sencillamente, **Celestina**, es el nombre con el que se ha popularizado la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, atribuida a Fernando de Rojas. La historia habla de un soltero, Calisto, que utiliza a la vieja alcahueta Celestina para comenzar un romance con Melibea, una chica soltera. El nombre Celestina se ha convertido en sinónimo de procuradora en español, especialmente una mujer mayor acostumbrada a promover un asunto ilícito. [Editor]

Señalamos con tanta insistencia la tarea principal, lucha contra las fuerzas armadas, porque la prensa y las organizaciones castristas no le dan importancia permanente, a no ser en los países donde hay guerrillas. Y a las fuerzas armadas, se las combate no solamente con guerrillas, sino desenmascarándolas, y utilizando las contradicciones del país para minar su fuerza. Estas contradicciones son las de los sectores burgueses y pequeñoburgueses, reproducidas en los choques entre los gobiernos y las fuerzas armadas, y en la crisis interna de la institución armada. Todas estas contradicciones indican la magnitud de la crisis que viven los países. Nuestro deber revolucionario es acelerarlas al máximo, mientras preparamos el ataque frontal contra los comandos centrales de las fuerzas armadas.

Una lucha más compleja y sutil hay que librar contra los gobiernos institucionales, dado su carácter democrático-formal, La mejor forma de derrotarlos es liquidando la actual estructura de las fuerzas armadas. Para ello, dado el caso, deberemos defender esos gobiernos contra la presión o el ataque de las fuerzas armadas, desarrollando al mismo tiempo las tareas y consignas democráticas de fondo y forma, para agudizar la contradicción entre las falsas estructuras formales y la verdadera revolución democrática. Las consignas “tierra ahora mismo”, “voto para todo el pueblo”, “asamblea constituyente”, “legalidad para todos los partidos”, demostrarán el verdadero rol, de los gobiernos y de las fuerzas armadas.

Oponer al plan de la Alianza para el Progreso el de la federación de estados latinoamericanos

Nuestros países están dominados legalmente por los gobiernos institucionales cipayos y, de hecho, por las fuerzas armadas. A escala continental por la OEA, y además el imperialismo prepara su plan para perpetuar la dominación, mediante el mercado regional y la Alianza para el Progreso.

El mercado regional brindaría a las empresas yanquis y sus satélites nacionales un enorme mercado que justificaría sus inversiones. Y, por su parte, la Alianza intenta algunas modificaciones estructurales para expandir el mercado interno y desarrollar una clase media estable, clientela política de los gobiernos cipayos.

El plan, que no debe ser menospreciado, choca con algunos inconvenientes: las contradicciones internas del imperialismo y la dinámica del capital financiero (que invierte para succionar nuestras economías) y la existencia de importantes sectores burgueses nativos, que viven de la actual estrechez de los mercados (¿qué sería de los viñateros argentinos y brasileños, de los ganaderos chilenos o de los azucareros argentinos con un mercado regional?).

Llevados y traídos por estas contradicciones, el mercado regional y la Alianza para el Progreso caminan peor que un peregrino. Mientras tanto, las masas siguen sumergidas en el analfabetismo, el hambre, la desocupación, la falta de viviendas...

Al plan yanqui, debemos oponer el viejo sueño irrealizado de Martí, San Martín y Bolívar: la unidad latinoamericana.

Cada uno de nuestros países al cabo de más de cien años de vida independiente, ha adquirido una fisonomía propia, que no puede ser desconocida. No se trata de que la pierda. Por eso el camino de la unidad es la federación de estados latinoamericanos, que, como mínimo, deberá tener una estructura y un gobierno similares a los de Cuba, porque solamente gobiernos con el coraje suficiente como para expropiar a los terratenientes, reunirán las condiciones para propiciar la unidad latinoamericana. Y mientras ésta se logre, tenemos un objetivo inmediato: cada país que derribe a su gobierno cipayo e inicie el camino revolucionario, debe unirse federativamente con Cuba.

Las tareas mínimas y máximas

El ascenso revolucionario se manifiesta en el hecho de que cada vez son mayores las capas de población que se incorporan a la lucha general por sus reivindicaciones mínimas. Toda revolución en marcha se ha caracterizado por eso y es normal en un proceso revolucionario en ascenso, en el que los sectores tradicionalmente más postergados se despiertan para rendir tributo a la historia, exigiendo, por primera vez, su pequeña reivindicación primaria.

Pero esta situación puede llevarnos a una conclusión equivocada. Al ver a la olvidada comuna campesina exigiendo, por primera vez, un canal para riego podemos deducir que están planteadas tareas mínimas, económicas, sindicales de tipo general. Y nada más alejado de la realidad. La multitud de pequeños reclamos realizados por los sectores más sumergidos, sumados entre sí son imposibles de solucionar por el régimen, y ponen en juego el poder político de la burguesía. Esto lo estamos viendo, porque junto a la multitud de reclamos se está desarrollando la experiencia del poder dual: los campesinos toman tierras dirigidos por sus sindicatos, descatando al poder burgués. Esto indica una situación cualitativamente nueva donde está planteada la toma del poder desarrollando los brotes de poder dual hasta controlar el país.

Pero otro grave peligro nos acecha: que, convencidos de que está planteado el problema del poder, disolvamos los problemas inmediatos en una conclusión correcta, pero general y abstracta. Ni por un minuto debemos abandonar al campesinado que reclama agua, porque con este pedido insignificante, sumado a miles similares, se está planteando concretamente el problema del poder, que algunos campesinos ya superan, al ocupar las tierras.

Aquel campesino atrasado que solo sabe del problema de su riego, se convencerá de la necesidad de cambiar el gobierno y tomar las tierras (desarrollar el poder dual) al compás de la experiencia concreta y del intercambio de experiencias con otras comunas que vienen de un problema parecido.

Desde la multiplicidad de luchas mínimas y brotes de poder campesino, hasta la gran tarea de la conquista del poder, hay una escalera de experiencias sucesivas (programa de transición) que van desde la lucha intransigente y leal por las reivindicaciones mínimas, hasta la derrota de los ejércitos y gobiernos cipayos.

La lucha armada, las guerrillas y la insurrección

El campesinado está acaudillando la lucha revolucionaria, ocupa tierras y enfrenta a las fuerzas militares de la oligarquía. Por otra parte, la revolución cubana triunfó a través de una guerra de guerrillas. Estos dos hechos han llevado a una parte de la vanguardia revolucionaria, a creer que la única estrategia correcta es desarrollar una guerra de guerrillas.

El concepto es doblemente equivocado, en primer lugar porque las guerrillas no son una estrategia (la estrategia es la insurrección popular para derribar al régimen e instaurar gobiernos democrático-revolucionarios), y porque la guerrilla no es el único método de la lucha armada y hay otros, que en ciertos lugares y circunstancias de Latinoamérica son mucho más útiles.

Tratemos de ubicar la guerrilla en sus justos términos, es decir, como una táctica dentro de la estrategia de derrotar al régimen, y como un método dentro del arsenal de la lucha armada. La guerrilla no es sinónimo de insurrección. Ésta es el arte de llevar las masas al poder y aquella es una forma de lucha que puede permitir la insurrección en su última etapa, pero de ningún modo la plantea de entrada. Por eso las guerrillas significan un tremendo desgaste de fuerzas revolucionarias antes de tomar el poder. Antes de una insurrección, se debe medir cuidadosamente la relación entre el pueblo trabajador y el lugar geográfico que habita, con el imperialismo y la oligarquía. Dentro del pueblo, se debe considerar la relación existente entre el campesinado, la clase obrera y la clase media. Lo óptimo es que las tres clases populares coordinen su acción y no marchen a destiempo. Todo desacomodamiento provocará un desgaste en la clase de vanguardia, y hasta la posibilidad

de derrota. Recién entonces se podrá considerar viable la guerrilla, el terrorismo, el sabotaje, la ocupación de fábricas o de tierras, etc., etc.

La guerrilla tomada como estrategia, es lo opuesto a la insurrección, justamente porque no se apoya en la organización y la actividad masiva del campesinado o la clase obrera para liberar una zona o tomar el poder, sino sólo en la simpatía y apoyo para sobrevivir. Se trata de una estrategia defensiva. Mao y Fidel recurrieron a ella cuando la más negra derrota había aplastado a las masas de sus países. Ante esa situación, capitular ante el semifascismo o defenderse de cualquier forma, nació la estrategia guerrillera. (Al decir estrategia queremos decir tarea esencial, primordial). Cuando se produjeron los primeros triunfos importantes, pudieron liberar una zona, e iniciar una guerra civil, la guerra revolucionaria, que es ya muy distinta a la estrategia guerrillera inicial.

Como táctica la guerrilla puede ser parte de distintas estrategias: la guerra civil o revolucionaria, un método defensivo u ofensivo de la revolución agraria, o de la preparación de la insurrección campesina u obrera. En este caso, como toda táctica, está supeditada a la estrategia, y ésta, al análisis de las relaciones entre las clases.

El gran arte de una dirección revolucionaria es obtener la victoria con las menores pérdidas posibles, por esa causa nos oponemos a considerar la guerrilla como “panacea revolucionaria universal”, aunque la consideramos un arma formidable de lucha, que requiere un uso cuidadoso.

Por otra parte, el imperialismo y los gobiernos nacionales, están advertidos del peligro de las guerrillas y se preparan para contrarrestarlas. Debemos responderles con una actitud sumamente cuidadosa. Esto no significa esmerada preparación técnica solamente, sino que antes, debemos hacer una correcta valoración de las relaciones entre las clases, y saber utilizar al máximo todas las formas de lucha de las masas.

Es un hecho indiscutible que está planteada la lucha armada. Pero ella debe encararse de distintas formas: una forma debe adquirir cuando hay huelgas generales u ocupaciones de fábricas, otra cuando hay sindicatos campesinos u ocupaciones de tierras, y otra cuando no pasa nada de eso. Muy rápidamente debemos despejar el error de confundir guerrilla con lucha armada, y perfeccionar la aplicación de todas las formas de esta última. El terrorismo, las formas de lucha urbana, la defensa de fábricas ocupadas, la defensa de las tierras, los ataques a reaccionarios, rompeshuelgas y políticos burgueses etc., etc. Son algunos de los métodos que hay que aplicar en Latinoamérica, acompañando las luchas y la organización de las masas.

Revolución agraria: sindicatos y milicias armadas para defenderla

Hemos dicho que en el actual proceso revolucionario latinoamericano está interesado el frente del campesinado, la clase media urbana y el proletariado, y que en estos momentos es el campesinado quien está a la vanguardia en la mayor parte de los países.

Para el campesinado en ascenso no cabe otro programa que la toma inmediata de las tierras del terrateniente y el enfrentamiento con las fuerzas armadas que lo defienden.

Los tres focos revolucionarios más importantes, Colombia, Perú y Brasil, tienen como eje el ascenso campesino, que en los dos últimos países sigue pautas similares. Se manifiesta primero, en una etapa legal y economista, que es la sindicalización. Los trabajadores del campo despiertan a la revolución, tratando de utilizar los resquicios democráticos legales, dirigidos por abogados y políticos de las ciudades y por los caudillos del campo. La segunda etapa, se abre cuando los campesinos, cansados de las tratativas legales, comienzan a hacerse justicia por su cuenta, y ocupan tierras. El ascenso campesino legal se transforma en francamente revolucionario.

La ocupación de tierras significa el poder dual, porque rompe con la legalidad de la burguesía y establece en el terreno ocupado el mandato de las masas, con sus leyes no escritas.

Hasta aquí la descripción de cómo se ha dado la revolución agraria en esta etapa de la revolución latinoamericana. De esta realidad, surgen dos políticas, una reformista y otra revolucionaria.

El reformismo patronal e imperialista, intenta evitar la segunda etapa de la revolución agraria con algunas concesiones a las masas campesinas y tratando de canalizar legalmente sus ansias de tierras, votando algunas leyes de reforma agraria. En eso está la Alianza para el Progreso, que expropia y paga unas pocas tierras, y reparte otras incultas o alejadas, para impedir o desviar la ocupación o el poder dual. Esta tibia política burguesa encuentra una resistencia enconada en los terratenientes afectados, que quieren que se les pague a precio de oro sus tierras.

Para los revolucionarios, en cambio, la perspectiva no ofrece dudas: debemos oponer la movilización de las masas agrarias a la reforma burguesa. Esto significa cumplir, a través de la experiencia de las masas, la primera etapa legal, y lo más pronto posible pasar a la etapa de ocupación y poder dual. Por lo tanto, sindicalización campesina y ocupación de tierras son las dos consignas fundamentales. Estas consignas no nos deben llevar a desconocer los trámites legales o la relación de fuerzas con los terratenientes. Se trata como todas las consignas, de distinguir sus niveles propagandísticos, agitativos y para la acción. O sea que para ejecutarlas se debe tomar en cuenta las posibilidades de éxito, que dependen del logro de milicias campesinas para defender el sindicato y las tierras ocupadas. Estas milicias se deben organizar sabiendo que la lucha armada es inevitable, y que deberán aplicar distintas tácticas, una de ellas, la táctica guerrillera. Pero aquí hay que distinguir la milicia campesina de un grupo guerrillero: la milicia es la vanguardia de la lucha de clases, el grupo guerrillero se aísla, en su organización y preparación, de la lucha de masas.

Los nuevos frentes democráticos nacionalistas y nuestra intervención como revolucionarios

Ya hemos analizado exhaustivamente el quiebre de los viejos movimientos nacionalistas de masas, dirigidos por la burguesía. Con la excepción del peronismo y el MNR boliviano, no queda ya nada de ellos en el continente: el varguismo, aprismo, Acción Democrática, herrerismo, ibañismo,² liberalismo, son estudiados por los historiadores y no por los políticos. Todos tienen certificado de defunción. Vivirán una agonía más o menos aguda, pero con el plazo fijo que les extendió la revolución cubana.

Es así como han surgido nuevos movimientos nacionalistas, democráticos o revolucionarios, que debemos estudiar para adoptar una política revolucionaria. La característica general de los nuevos movimientos nacionalistas, es su carácter organizativo fluido, amorfo, todavía no estructurado. Es difícil precisar, inclusive, los límites y contornos de esos frentes, pero existen. Brasil es el mejor ejemplo: allí existe un frente nacionalista parlamentario; ha surgido un frente de liberación nacional, dirigido por gobernadores del sur y del norte, encabezados por Río Grande; el jainismo (por la vuelta del ex presidente que renunció, Janio Quadros, sin parlamento) es otro fuerte movimiento; la izquierda del frente parlamentario nacionalista, la forma Julião,³ que a su vez tiene una izquierda estudiantil que plantea la guerrilla. La misma difusa situación se plantea en todos los países. El diagnóstico social de este fenómeno, es sencillo: la revolución cubana ha provocado el surgimiento de un movimiento nacionalista latinoamericano. El primero con características continentales de conjunto, desde la época de la primera independencia. Este movimiento, se caracteriza por resistir, con métodos dispares, la colonización yanqui, y por su ligazón o simpatía hacia la revolución cubana. Decimos movimiento, y no partido, porque justamente estas corrientes todavía no tienen organizaciones ni líderes políticos reconocidos por las masas, si exceptuamos la dirección de Fidel. Las medidas socialistas, y el proceso de revolución permanente en Cuba, pueden

2 **Aprismo:** el movimiento y las políticas defendidas por APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), un partido burgués de centroizquierda peruano. **Acción Democrática:** Partido socialdemócrata venezolano. **Herrerismo:** el movimiento y las políticas defendidas por Enrique Olaya Herrera (1880–1937), presidente de Colombia en 1930–1934. **Ibañismo:** el movimiento y las políticas defendidas por el general Carlos Ibáñez del Campo (1977–1960), dos veces presidente de Chile, en 1927-1931 y luego en 1952-1958. [Editor]

3 **Francisco Julião (1915-1999):** fue el dirigente de la movilización que dio lugar a la formación de las “ligas campesinas” y las ocupaciones de tierras, a comienzos de los sesenta en el estado de Pernambuco, en el nordeste del Brasil. En 1964 fueron reprimidas por la dictadura y Julião fue preso y luego exiliado. [Editor]

conducir a los revolucionarios a una actitud sectaria frente al nacionalismo latinoamericano, e incluso a desconocerlo, negándose a actuar en él. Esta tendencia puede robustecerse, ante el hecho de que algunos líderes nacionalistas del período anterior (Perón, Janio, Allende, etc.) ingresen en él. Es verdad que la entrada o coqueteo de estos dirigentes, indica su intención de desviarlo de sus fines revolucionarios. Pero para nosotros significa algo más importante: que el movimiento existe, y es de importancia fundamental, porque en su seno se dirimirá la batalla por la conducción de enormes sectores de masas.

Los revolucionarios debemos ser los campeones del trabajo hacia el nuevo movimiento nacionalista latinoamericano, y al mismo tiempo, el factor más importante para derrotar los viejos métodos nacionalistas, burgueses u oportunistas. No hay otra forma para lograr la dirección de las masas que intervenir en esos movimientos, y oponer allí nuestro programa llevando los planteos democráticos hasta sus últimas consecuencias: profundización de la revolución agraria y antiimperialista, liquidación de los gobiernos cipayos, unidad federativa con Cuba, y federación de estados obreros latinoamericanos, todo esto, dentro del marco de la movilización revolucionaria de las masas.

Desde luego, lo debemos hacer partiendo de la etapa que vive el nuevo movimiento de masas, en cada país. Hubiera sido ridículo, por ejemplo, cuando la renuncia de Janio Quadros, haber planteado la unidad federativa con Cuba, como consigna principal.

Del frente único revolucionario a los partidos únicos revolucionarios

Si el movimiento de masas latinoamericano busca desde la revolución cubana nuevos métodos, organizaciones y líderes, lo mismo ocurre con la vanguardia de esas masas. Con una diferencia pronunciada: esa vanguardia se siente política y sentimentalmente ligada a la dirección de Fidel y el Che. Así ha surgido, al influjo de Cuba, en la vanguardia obrera, estudiantil y campesina, un nuevo movimiento o tendencia: el castrismo o fidelismo. Esta corriente, francamente revolucionaria, se manifiesta en múltiples fracciones, tendencias o grupos; prácticamente no hay movimiento o partido de masas que no tenga su tendencia castrista revolucionaria. Es una impostergable tarea, tratar de unir en la acción a estas corrientes latinoamericanas.

Las corrientes castristas llevan a sus últimos extremos la experiencia guerrillera. Hay que buscar el frente que permita agrupar a todas ellas en función de la lucha de clases, y no en un mero planteo técnico-guerrillero. Por otra parte, el fracaso de los más importantes intentos guerrilleros, se presta para llamar a la reflexión revolucionaria a estas tendencias. Lo que da las condiciones para un frente único revolucionario es la situación objetiva explosiva de cada país. La realidad exige un solo organismo revolucionario en cada país. En ese sentido, el partido único de Cuba señala el camino. Y no porque el ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas) cubano se haya estructurado después de la revolución se repetirá lo mismo en el continente. Al contrario, esa experiencia debe ser aplicada antes de la revolución. El partido unificado no significa dejar de lado las diferencias teóricas y programáticas entre las tendencias revolucionarias.

La formación del frente revolucionario para tareas concretas, y del partido único fortalecerá enormemente la formación de un movimiento unificado latinoamericano, en torno al eje del más fuerte: el cubano.

A este respecto debemos señalar que la dirección cubana ha hecho poco para ayudar a este proceso. No se pronuncia, ni toma medidas concretas. La mejor forma de ayudar a la heroica y magnífica dirección de Fidel a comprender esta necesidad de unidad nacional y latinoamericana, es con el ejemplo nacional o regional.

CAPÍTULO VI

Los problemas teóricos que plantea la Revolución Cubana

Uno de los pocos teóricos serios del marxismo contemporáneo, el conocido trotskista norteamericano Joseph Hansen, acaba de señalar que la de Cuba “es una revolución en un pequeño país, que plantea un sinnúmero de problemas teóricos”. Somos de la misma opinión, y aunque no es nuestro objetivo detenernos en esos problemas, debemos, aunque más no sea, encuadrar el análisis de la situación latinoamericana, en un determinado marco teórico.

No le tememos a los análisis teóricos. La época exige audacia, no solo en la acción, sino también en la teorización revolucionaria. Si dedicamos tan poco espacio al tema, es porque aún no hemos profundizado suficientemente nuestros estudios, que verán la luz, en un próximo libro. En este capítulo nos vemos limitados a plantear algunos de los grandes problemas, y esbozar sus posibles soluciones. Esos problemas, fundamentalmente, han derivado de las últimas revoluciones que han replanteado las polémicas del marxismo de los últimos sesenta años, dándoles nueva vida y mayor profundidad.

Hoy la vanguardia revolucionaria, se pregunta quienes tuvieron razón: ¿Lenin y Trotsky, o Mao y Fidel? ¿Stalin o Trotsky? ¿El marxismo clásico o las corrientes intelectuales como las de Wright Mills y Thompson, que afirman su superación? ¿Se ha confirmado la teoría castrista o maotsetunista, que sostiene que un grupo revolucionario debe apoyarse en el campesinado, en una geografía apta para la guerrilla, e iniciar la guerra revolucionaria partiendo de formas organizativas simples y consignas amplias? ¿O acaso se ha confirmado el marxismo proletario clásico, cuya síntesis está dada en la teoría de la revolución permanente?

Creemos que para dar respuesta a estos problemas tan candentes, y los otros que planteamos más adelante (la guerrilla, el rol del partido revolucionario, el papel de la clase obrera, definición de un gobierno revolucionario, los movimientos democráticos y nacionalistas, etc. etc.), se impone revisar someramente la historia del movimiento revolucionario y marxista mundial.

El marxismo surgió en el siglo XIX y fue la expresión más avanzada, en todos los terrenos, de la revolución europea —principalmente del norte— comenzada en Francia en 1789, y culminada por las masas rusas en 1917. Como teoría, programa, ideología, método y análisis, el marxismo es un producto típico de la revolución europea que nunca volvió a elevarse a la plenitud que le dio la revolución rusa, al punto que el último ascenso revolucionario de masas de posguerra fue apenas un pálido reflejo de la ola revolucionaria que azotó a Europa a fines de la primera guerra mundial. En el ínterin, la ofensiva reaccionaria, de 1933 a 1942, engendró al fascismo, y en la URSS y el movimiento obrero mundial, al stalinismo.

El stalinismo, que fue la dolorosa consecuencia interna del retroceso proletario mundial, actuó a su vez distorsionando el proceso de la revolución mundial. Y esto se comprueba cuando, al iniciar las masas su revancha revolucionaria después de 20 años de ofensiva reaccionaria, nos encontramos con que la vanguardia de la revolución mundial no es ya Europa ni Rusia, sino que se ha desplazado a la periferia del planeta, a los países atrasados. Se originaron entonces una serie de nuevos fenómenos que no habían sido conocidos por el marxismo europeo clásico.

Fue el trotskismo que, continuador de las tradiciones marxistas revolucionarias, estudió los fenómenos típicos de la etapa defensiva y el avance reaccionario. Ese movimiento nos ha legado caracterizaciones correctas y confirmadas acerca del stalinismo, el fascismo, la degeneración del estado obrero, etc. Pero el trotskismo no alcanzó a estudiar los fenómenos derivados de la nueva ofensiva de las masas encabezadas por los países coloniales. Aquí el trotskismo y todo el marxismo clásico, creemos que por su carácter europeo, tienen muchas lagunas, y responden con muchos silencios a los actuales problemas de la vanguardia de la revolución mundial.

El marxismo está enfrentado a una nueva situación objetiva que le obliga a quitarse su antiguo velo europeo. Desde Marx a Lenin y Trotsky, dicho velo era correcto, pues la revolución era europea. Pero desde la última posguerra, el velo nos dificulta y entorpece la situación.

Desde luego, la nueva situación no anula ninguna de las conquistas fundamentales de los revolucionarios del período europeo —llamémoslo así— sino que les da una actualidad extraordinaria. Sin el menor rubor podemos afirmar que todas las revoluciones de los últimos veinte años han confirmado una teoría y solo una: la teoría de la revolución permanente, que sintetiza en forma brillante al marxismo revolucionario clásico. Y en otra dirección, han aniquilado la teoría stalinista del socialismo en un solo país que, inútil para encarar y comprender los procesos revolucionarios, ha sido totalmente superada y olvidada.

Sin embargo, la emocionante confirmación del marxismo revolucionario en su teoría, y en la esencia de su programa frecuentemente pasan desapercibidas, porque la formulación concreta de ese programa se ha revelado frente a la realidad objetiva, de una pobreza franciscana. Así por ejemplo el Programa de Transición resume hasta el último detalle la experiencia revolucionaria europea y es un modelo de las concreciones del marxismo clásico. Ese programa ha sido plenamente confirmado en su esencia: el carácter transicional de la lucha revolucionaria... pero, con solo señalar que el Programa de Transición que tiene una precisión milimétrica para las consignas obreras, no menciona siquiera a la guerra de guerrillas, y habla apenas, de pasada, sobre las consignas agrarias, nacionalistas y democráticas, está todo dicho...

La contradicción visible entre la fortaleza esencial y la debilidad en detalles fundamentales del marxismo revolucionario, debe tener causas variadas, y es una tarea impostergable encontrarlas y superarlas. Nosotros nos vamos a detener ahora en las posibles causas de índole teórica que hacen a esa contradicción.

En líneas generales, nuestra debilidad teórica ha sido no comprender a tiempo que la realidad es más marxista que lo que los marxistas sospecharon. Porque las últimas revoluciones confirman hasta límites insospechados por sus autores los análisis leninistas y trotskistas, y al mismo tiempo que desnudan sus lagunas, los enriquecen y desarrollan. Por su parte, el maotsetunismo o teoría de la guerra de guerrillas, es la refracción particular en el campo de la teoría, de la actual etapa de la revolución mundial. Así como el stalinismo en su momento fue el desgraciado reflejo del avance de la reacción, el maotsetunismo y el castrismo reflejan, en el campo de la teoría, la realidad revolucionaria de la que son protagonistas. Y lo hacen con aciertos, enormes aportes, grandes hallazgos y también con terribles limitaciones, hechos que derivan de ser revoluciones triunfantes en los países más atrasados y con un solo método, la guerra de guerrillas.

El trotskismo, que heredó las tradiciones revolucionarias para salvarlas del naufragio de la ofensiva reaccionaria y fascista, supo pulverizar en el campo de la teoría las concepciones stalinistas, demostrando que eran lo específico del retroceso de las masas. Pero ahora el trotskismo se resiste a integrar en el programa y la teoría de la revolución permanente, los aportes del avance y la práctica de la guerra de guerrillas, que son lo específico del avance de las masas en los países atrasados. Para ello algunos trotskistas se atrincheran en la cómoda afirmación general de que la historia ha confirmado la revolución permanente, para no comprender lo específico y no superar las lagunas de esa teoría, también confirmadas por la historia. Cuando la realidad les golpea muy duro, responden con otra generalización: “la traición stalinista dejó al proletariado sin dirección, y por eso la conducción de las últimas revueltas cayó en manos del campesinado y los estudiantes”. Pero el problema surge cuando comprobamos las categóricas afirmaciones del trotskismo sobre la

imposibilidad total de que esas variantes pudiesen ocurrir. Esa es la premisa teórica que después se comprueba en el Programa de Transición que ignora, como mencionamos arriba, las consignas agrarias y democráticas y la guerra de guerrillas. De modo que quienes intentan esa respuesta, escamotean buena parte del interrogante. Para plantearlo de otra forma diremos: es correcto que la traición stalinista obligó a dar un rodeo a la revolución, y permitió que su vanguardia pasara a países atrasados y clases no obreras. Pero esa es solo la mitad subjetiva del problema, y se trata de averiguar por qué razones objetivas, la revolución mundial siguió avanzando pese a la traición y a la falta de una dirección proletaria revolucionaria.

En lo que sigue trataremos de cumplir con la obligación revolucionaria de dar nuestra respuesta a esos problemas, y de sintetizar la teoría y el programa general correcto (trotskista), con la teoría y el programa particular correcto (maotsetunista o castrista).

La teoría del desarrollo combinado y las etapas revolucionarias

A los revolucionarios rusos les debemos la aplicación de la teoría del desarrollo desigual y combinado, a la interpretación histórica. Esa concepción explica, en última instancia, a la propia revolución rusa. Su esencia no puede ser más simple y dialéctica. Se opone a la teoría de un desarrollo histórico gradual, con etapas inevitables tales como esclavitud, feudalismo, capitalismo y socialismo, y afirma en cambio, que el desarrollo histórico se realiza a saltos, y por combinación de etapas. Un país puede combinar el comunismo primitivo o el feudalismo en el campo y un importante desarrollo industrial. La misma combinación se produce en el plano económico-cultural: un país económicamente atrasado puede ser el más avanzado culturalmente. Esta teoría sirvió para explicar las combinaciones de etapas históricas, rompiendo el esquema evolutivo y mecanicista. La revolución rusa demostró la justeza de esta teoría, ya que el primer estado obrero triunfante se dio en el país más atrasado de Europa.

Lenin y Trotsky reservaron la teoría del desarrollo combinado para el análisis de los países y las sociedades, y no tuvieron necesidad de aplicarla al análisis de las etapas revolucionarias. Ellos estudiaron las revoluciones alemana, china, húngara, española, francesa, con el mismo esquema construido ad-hoc para la revolución rusa, que a su vez fue el prototipo para la revolución europea. Dicho esquema confirmado, incluía las siguientes etapas revolucionarias:

- 1) De preparación subjetiva, armamento teórico, programático, ideológico y organizativo.
- 2) Preparación y desencadenamiento de una gran revolución popular y democrática, acaudillada por la clase obrera, conocida como “revolución de febrero”.
- 3) Período de poder dual entre el proletariado y la burguesía.
- 4) El proletariado inicia una semiinsurrección aislado del campesinado. Los bolcheviques frenan la insurrección para evitar el aborto revolucionario (“jornadas de julio”).
- 5) El proletariado acaudillado por los bolcheviques evita el golpe semifascista de Kornilov.
- 6) El proletariado y el campesinado toman el poder: “revolución de octubre”.
- 7) Comienza la revolución democrática de fondo, con la revolución agraria y la paz, superándose la democrática formal cuyos limitados objetivos eran obtener las libertades públicas y la república.
- 8) Combinada con la anterior, comienza la revolución obrera con la nacionalización de la industria, los bancos y el comercio exterior.
- 9) Guerra civil: la lucha de clases se transforma en regional y militar. Se coopera con técnicos militares y burgueses y se crea el Ejército Rojo.
- 10) Reconstrucción económica, Nueva Política Económica, cooperación con técnicos y burócratas.

Resumiendo, podemos decir que estas diez etapas revolucionarias, marcan cinco épocas de la lucha de clases:

- 1) Ideológica, organizativa, de creación de programas, líderes y partidos.
- 2) Política, de febrero a octubre.
- 3) Económica, de octubre a la guerra civil.
- 4) Militar, de guerra civil y organización del Ejército Rojo.
- 5) Construcción y reconstrucción estructural y superestructural, acumulación primitiva socialista.

Trotsky analizó las revoluciones correctamente, aplicándoles el esquema precedente. Observó principalmente las etapas políticas, y las posibilidades de toma del poder. Desgraciadamente no pudo aplicarse a las etapas económicas, militares y constructivas, porque el stalinismo frustró los “octubres”.

El creador del Ejército Rojo nunca tuvo necesidad de aplicar la teoría del desarrollo combinado a las etapas revolucionarias, ya que las revoluciones de su época siguieron en líneas generales el esquema ruso.

Pero la traición stalinista y la decadencia de la revolución europea, y el actual proceso de la revolución mundial, han realzado la magnitud de la teoría del desarrollo combinado, que no es ya aplicable solo a la interpretación histórica de un país o una sociedad, sino que debemos utilizarla para comprender la intimidad de los procesos revolucionarios contemporáneos. Las revoluciones yugoeslava, china, italiana, francesa, asiática y cubana, han combinado las etapas de la revolución europea estudiada por el marxismo clásico. Empezaron por una de las últimas de la revolución rusa, la militar. La guerra civil las llevó a una etapa anterior del calendario soviético: la revolución de febrero. Pero antes de producirse ésta, fueron creando los ejércitos revolucionarios, y se tomaron medidas de construcción socialista y se lanzó la reforma agraria. Desde el principio se colaboró con técnicos burgueses para las tareas económico-militares. Parecería que estuviésemos ante la proyección de la revolución rusa al revés, ya que el último capítulo es la formulación de la teoría general y la formación del partido, es decir, la etapa ideológica.

La teoría del desarrollo combinado y la guerra de guerrillas

Honestos teóricos marxistas sostienen que la guerra de guerrillas es un método anticuado, “blanquista”,¹ de la lucha de clases. “No porque haya dado resultado —dicen— es el mejor.”

Efectivamente, creemos que, en un momento dado, puede haber mejores métodos revolucionarios que la guerra de guerrillas. Pero estamos completamente seguros, que la misma, es una extraordinaria adquisición teórica y programática, y está muy lejos de ser una circunstancial y distorsionada reminiscencia de viejos métodos revolucionarios.

El blanquismo se desarrolló bajo dos condiciones que lo hacen totalmente distinto a la guerra de guerrillas: sin el marco circundante de la revolución mundial (o europea) y sin apelar a las condiciones geográficas. En cambio la guerrilla revolucionaria, que se apoya en la crisis del imperialismo y la burguesía, incorpora a la lucha de clases un factor nuevo, algo que le es específicamente original: la geografía. Esto hace de la guerrilla un método nuevo, más rico e imaginativo, que transforma la teoría del desarrollo combinado, de una teoría para la interpretación, en una teoría para la acción.

Hasta las revoluciones china o cubana, los revolucionarios, en su análisis de la situación objetiva, se limitaban a tomar en cuenta las relaciones entre clases, y de éstas, con la economía y

1 **Blanquismo** se refiere a una concepción de la revolución generalmente atribuida a Louis Auguste Blanqui (1805–1881) que sostiene que la revolución socialista debe ser llevada a cabo por un grupo relativamente pequeño de conspiradores altamente organizados y secretos. Habiendo tomado el poder, los revolucionarios usarían el poder del estado para introducir el socialismo. Se considera un tipo particular de “golpismo”, es decir, la opinión de que la revolución política debería tomar la forma de *putsch* o golpe de estado.

la política. Ahora hemos aprendido a considerar un nuevo factor, el geográfico. Los teóricos de la guerra de guerrillas frecuentemente han sobrevalorado este factor, inflándolo hasta transformarlo casi en el único elemento de la realidad objetiva, junto al campesinado o la población. Que nosotros señalemos esta unilateralidad, no nos puede llevar a ignorar el fabuloso aporte teórico-programático de los creadores de la práctica y la teoría de la guerra de guerrillas.

La geografía era un factor implícito en el análisis histórico o económico. Para la acción revolucionaria, solo se tomaba en cuenta después de la toma del poder, cuando comenzaba la guerra civil. Ahora hay que considerarlo antes de tomar el poder, y precisamente para tomarlo. La guerra de guerrillas nos plantea la posibilidad de utilizar no solamente la propaganda, la agitación, las luchas callejeras, las crisis económicas y políticas del imperialismo, las armas y los soldados del ejército burgués, sino también la geografía. No comprender que esto es una aplicación del desarrollo combinado en la ligazón de las etapas revolucionarias, es quedarse a mitad de camino en la comprensión de la revolución cubana y de su teoría de la guerra de guerrillas.

Por otra parte no hace falta recordar que el marxismo occidental, llevado por las circunstancias objetivas, se olvidó de la lucha armada. Esta se transformó en un fetiche a ser utilizado en una fecha incierta de un futuro lejano, en la última parte del ascenso revolucionario. Las armas del marxismo occidental eran meramente intelectuales: propaganda, agitación, y teoría, y excepcionalmente un llamado a las acciones de clase. La crítica de las armas que pregonaba Marx había sido dejada de lado. Y la teoría de la guerrilla ha tenido el valor histórico de replantear la necesidad de la lucha armada. Ha sido el soplo vivificante imprescindible. Hemos comprendido que la lucha armada es un método permanente de las masas y los revolucionarios, y que siendo la técnica más compleja e importante de la lucha de clases debemos dominarla y aplicarla tanto o mejor que las otras técnicas convencionales: agitación, propaganda, etc. Hacerlo así, enriquece al movimiento revolucionario, al partido y a las masas. Aunque ello no nos debe llevar a realizar una aplicación indiscriminada de la misma ya que, como toda técnica al servicio de la lucha de clases, está ligada a ésta, a su estudio y desarrollo.

La teoría de la revolución permanente y la guerra de guerrillas

a) En relación a las regiones revolucionarias

A comienzos del siglo XX, Trotsky formuló su famosa teoría de la revolución permanente. Fue confirmada plenamente en el punto que afirma que los países atrasados podían comenzar la revolución, antes que los adelantados. Y que la revolución, comenzando por tareas nacionales de tipo democrático, se transforma en internacional, obrera y socialista.

La teoría de la revolución permanente significó un salto cualitativo para el marxismo, porque hasta entonces los revolucionarios pensaban que solamente los países adelantados estaban maduros para la revolución obrera. La teoría citada terminó con el culto revolucionario a los países adelantados. Pero el autor de la misma, no desarrolló sus audaces premisas hasta sus últimas consecuencias y consideró que, dentro de cada país, la ciudad o zona adelantada arrastraría al campo, en un proceso dirigido por el proletariado.

Los teóricos de la guerra de guerrillas, sostienen en cambio, que las regiones atrasadas de un país son las potencialmente más revolucionarias, y que no se debe esperar a las ciudades o regiones adelantadas. Dan dos razones: una, social, que son pobladas por los habitantes más miserables, y otra geográfica, que son las regiones menos controladas militar y económicamente por la burguesía y el imperialismo.

En esta formulación, como en todas las que realizan los teóricos de la guerrilla, hay que distinguir lo unilateral de los aportes. Hacer un fetiche de las regiones atrasadas, nos parece tan grave como en su momento lo fue el de los países o regiones adelantadas. Así como la teoría de la revolución permanente, barrió con la clasificación de países maduros e inmaduros para la

revolución, el nuevo aporte nos debe servir para barrer con la clasificación de regiones maduras e inmaduras. Cualquier país, y cualquier región, es apto para la revolución permanente.

b) En relación a la clase de vanguardia

Las tesis de la revolución permanente insisten en el rol de segundo violín desempeñado por el campesinado, que, según ellas, debe seguir inevitablemente al proletariado, de la misma forma que las regiones atrasadas siguen a las adelantadas. Como vemos, Trotsky fue muy cauto en el análisis sociológico del campesinado, asignándole, un papel mezquino y secundario. Continuó, en esto, la tradición del propio Marx, y sus análisis y conclusiones provienen de la realidad europea. Pero aquí todo el marxismo, con la sola posible excepción de Lenin, cometió un grave error metodológico, al estudiar los factores que impulsan a una clase social a iniciar la revolución. Marx le da el atributo revolucionario al proletariado por dos razones que, aunque estrechamente ligadas, difieren: su alienación y su ubicación en las relaciones de producción.

La palabra y el tema de la alienación, merecen que nos detengamos. Ya Hegel, sin aclararlo, empleaba dos términos: alienarse (del verbo *Entäußerung*) y volverse extraño o extranjero (de *Entfremdung*). El análisis moderno del problema nos obliga a distinguir con claridad estos dos significados que pueden desprenderse del término castizo. La alienación que Marx estudió y a la que nosotros nos referimos, es la del proletariado o el pueblo, brutalmente explotado por potencias extrañas. Este concepto no tiene nada que ver, por ejemplo, con el que describe Erich Fromm, para quien todas las clases sociales modernas están alienadas, porque han sido domesticadas a través de reflejos condicionados por el mercado capitalista. Una cosa es explotación brutal e inhumana, y otra, muy distinta, domesticación o sistema norteamericano de vida. Nosotros nos referimos a la alienación como explotación inhumana, y la consideramos un factor revolucionario.

Si bien Marx tomaba en cuenta el factor económico y la alienación como los dos incentivos revolucionarios, el marxismo occidental, que desarrolló los aspectos económicos del marxismo, le dio importancia fundamental a este factor. Lenin fue muy cuidadoso al respecto, y dejó abiertas las puertas, para que la historia hablara por su cuenta. Trotsky, marxista europeo típico, ni siquiera mencionó al problema de la alienación. Las diferencias, de todas maneras, carecían de importancia, porque en Europa, la clase obrera era la más explotada, y el campesinado era relativamente privilegiado. Pero el problema se nos presenta ahora en países con la situación inversa, donde el campesinado sufre el mayor peso de la explotación. ¿Qué factor prima entonces para impulsar a una clase a iniciar la revolución permanente?

Creemos que en este problema hay que retornar a las fuentes, y tomar la alienación como factor decisivo. Al respecto, los filósofos del siglo XIX, al dar vueltas y revueltas sobre el tema y el significado de la alienación, anticipaban la grave cuestión teórica que ahora urge resolver.

De todas formas debemos establecer que la impotencia del campesinado para acaudillar la revolución se ha transformado en su contrario, por el impacto de la revolución mundial, la alienación a que lo somete el imperialismo y las oligarquías, los medios modernos de comunicación y organización (inclusive militar), y el fracaso momentáneo de la clase obrera —por la traición stalinista y burocrática— para cumplir su rol de caudillo de la revolución mundial.

Posibilidades de la dictadura del proletariado en los países atrasados, antes y después de la revolución

Otro de los grandes problemas teóricos que se nos presentan, es la definición de los gobiernos de Mao en China, Ho Chi Min en Vietnam del Norte y Castro en Cuba. ¿Son una forma de dictadura del proletariado? Si eso son ¿a partir de qué momento merecen ese calificativo y qué diferencias tienen con las dictaduras obreras clásicas como la Comuna de París, los primeros años de la revolución bolchevique y la revolución española?

Entiéndase que no nos referimos a un problema de términos, sino de conceptos. Pues hay problemas históricos y teóricos pendientes. Históricamente, se trata, de comparar los nuevos gobiernos revolucionarios con la dictadura democrática revolucionaria —preconizada por Lenin— y con la dictadura del proletariado —exigida por Trotsky— en las viejas polémicas de principios de siglo [XX]. Y teóricamente, se trata de resolver el siguiente problema: ¿qué composición social debe tener el gobierno capaz de realizar la revolución democrático-burguesa... y los primeros pasos de la acumulación primitiva socialista?

Frente a Lenin y discutiendo sobre el carácter de un gobierno capaz de realizar la revolución democrático-burguesa, Trotsky sostenía la dictadura del proletariado, contra el gobierno democrático-revolucionario. Rebatía la fórmula de Lenin con dos argumentos de gran peso: el carácter del estado y del campesinado. El creador del Ejército Rojo, apelaba a las mejores tradiciones marxistas que definían al estado como la dictadura de una clase social, y solo una.

Sin embargo, investigaciones más cuidadosas del marxismo han confirmado que para los clásicos, el estado no es apéndice de una clase en todas las etapas históricas, sino que tiene cierta autonomía en su surgimiento y existencia, y aunque nace con la lucha de clases, llega a ser instrumento y se apoya en una clase, no es sinónimo de dictadura de una clase. Conserva relativa autonomía y puede jugar entre distintas clases sociales. Es un producto directo de la sociedad como conjunto y solo en circunstancias especiales, actúa como dictadura de clase.

Esta es una de las interpretaciones que dan Marx y Engels, y creemos que es la confirmada por la vida.

Por otra parte, ya hemos visto, que la “minoría de edad” del campesinado para la revolución, no es tal. En ella, todas las clases tienen libreta de enrolamiento y votan, para conducir el proceso. Además el proletariado no siempre es la clase más revolucionaria: puede estar conforme, cansado, burocratizado o en formación. El gobierno puede o no, apoyarse en él. Es un hecho que Lenin y Trotsky suprimieron la democracia en los soviets y en el partido y que Stalin lo proletarizó, para mejor corromperlo y burocratizarlo...

De esta forma han caído los dos pilares del análisis trotskista sobre el gobierno revolucionario en los países atrasados.

Estos hechos nos llevan a la siguiente conclusión: el gobierno revolucionario, puede ser relativamente autónomo en una etapa, y debe ser definido por las tareas que lleva a cabo, y las clases en que se apoya. Significa que hay dictaduras revolucionarias democráticas (apoyadas en el campesinado, el pueblo y el proletariado) que están dirigiendo la revolución democrática y socialista, es decir, permanente. Estos gobiernos, históricamente, están justificados si llevan a cabo la revolución permanente, y si tienden a apoyarse, democráticamente en las masas, aunque la falta de madurez del proletariado, le impidan elevarse a su dictadura.

La dinámica histórica, que va debilitando a los aparatos burocráticos, acerca la hora en que pueda darse la variante trotskista de la dictadura del proletariado, mientras tanto los gobiernos son revolucionarios, según la variante leninista, apoyándose en las masas y cumpliendo las tareas de la revolución permanente.

La relación entre los factores objetivos y subjetivos

Las revoluciones cubana y china, comenzaron en circunstancias que los clásicos marxistas, caracterizan como “objetivas desfavorables”: no hay grandes luchas sociales, y un puñado de hombres inicia una lucha armada. Sin embargo ese grupo transforma las condiciones en favorables. En Cuba, esto es mucho más claro, porque la dirección estuvo siempre a la vanguardia, y la intervención voluntarista fue llevada al máximo. Este rasgo común de las dos revoluciones, plantea en escala mucho más amplia el problema teórico de precisar la relación existente entre los factores objetivos y subjetivos en el proceso revolucionario.

Por otra parte, reactualiza las discusiones de los revolucionarios rusos y evidencia lagunas tradicionales del marxismo, que nunca definió claramente las relaciones entre la estructura y la superestructura de una clase o una sociedad. Esas lagunas y silencios, repercuten hoy en la actividad revolucionaria. El marxismo ruso fue el que le dio mayor importancia a la discusión de estos problemas en relación a la actividad práctica. Este es el contenido de las polémicas entre los bolcheviques y los mencheviques. Los primeros subrayan la importancia preponderante de los factores subjetivos (partido y dirección) en el proceso revolucionario. La famosa frase de Lenin acerca de que la clase obrera por sí sola no supera el marco de la lucha económica, así lo atestigua. Trotsky interpreta que Lenin, en sus últimos años, modificó su punto de vista, pero eso es circunstancial y secundario, ya que el bolchevismo se fundó y desarrolló a partir de las premisas “sin partido no hay revolución” y “el partido lo es todo, las masas son una herramienta en sus manos”.

El menchevismo, en cambio, partió de la premisa opuesta: “Lo fundamental son las clases y su dinámica, el partido es secundario, una herramienta pasiva de las clases.”

De la primera premisa bolchevique, se amamantó también la corriente de los socialrevolucionarios, que la desvirtuó al extremo de no tomar en cuenta para nada las condiciones objetivas. Y de la premisa menchevique se desprendieron el oportunismo de Bernstein, y la posición revolucionaria de Rosa Luxemburgo y Trotsky.

En nuestros días, la revolución cubana y la china, parecieran confirmar la tesis bolchevique de que los factores subjetivos, son los fundamentales, pero con modificaciones muy importantes con respecto a la definición de los partidos y las organizaciones revolucionarias. Porque hoy está planteado este interrogante: ¿qué es una organización revolucionaria? De acuerdo al marxismo tradicional el Partido Comunista chino o el Movimiento 26 de Julio cubano no lo son, porque clásicamente en esa definición primaba el carácter clasista y se definían como revolucionarios los partidos obrero-revolucionarios. Una dirección pequeñoburguesa, campesina o burocrática, no podía ser revolucionaria. Nosotros, nuevamente aquí, repetiremos el criterio que sustentamos a lo largo del libro: lo fundamental no es la ubicación pasiva en las relaciones de producción, sino los fines y la actividad para lograrlos, o sea la praxis. Siempre que por praxis, entendamos lo que va de lo subjetivo a lo objetivo, y de los fines y proyectos, a su ejecución. Que esta praxis hunde sus raíces en la realidad objetiva, que la explica en última instancia, posibilita su éxito y la determina, no tenemos dudas. Pero esa praxis es el factor esencial para definir un grupo social o político y no la situación objetiva.

Si este análisis es correcto, debemos considerar tendencia revolucionaria a la que por sus objetivos y acción sea, en un momento dado, revolucionaria, aunque, por su ubicación, no sea obrera. Es necesario tener presente, además, que la acción revolucionaria, por su dinámica, puede elevarla a una comprensión teórica-programática de su propia acción: la revolución permanente.

Hemos dicho que el surgimiento y el triunfo de la praxis revolucionaria tienen su explicación en la realidad objetiva. Veamos los motivos del surgimiento de esa praxis: tiene su razón de ser en las relaciones entre las clases y los países, por las brutales alienaciones provocadas por el imperialismo. (Y en este sentido debemos ampliar el concepto clásico de situación objetiva revolucionaria: es suficiente con que haya una serie de alienaciones sociales insufribles y grupos sociales dispuestos a combatirlas apoyándose en las masas que las sufren.) De aquí en adelante, el desarrollo de esa situación está posibilitado por la realidad mundial y regional, es decir, por el grado alcanzado por la técnica y la cultura mundial, y por la crisis del imperialismo. Queremos significar que la situación mundial posibilita una acción revolucionaria nacional en cualquier país, aunque su desarrollo económico y su proletariado, sean muy atrasados. Cualquier país, cualquier clase brutalmente explotada, pueden, por el programa y el método de la revolución permanente, plantearse la acumulación primitiva socialista y adquirir el desarrollo económico, cultural y técnico moderno. Esta praxis —objetivo y acción— define al país, a la clase obrera, al partido, y es posible por la realidad mundial contemporánea. Es decir, por el proceso objetivo de la revolución mundial socialista.

Los movimientos democráticos, nacionalistas y campesinos

Por último, las revoluciones que comentamos nos plantean una serie de problemas respecto a los movimientos democráticos, nacionalistas y campesinos, en su relación con el partido revolucionario y con el movimiento obrero. El leninismo y el trotskismo, caracterizaron correctamente que la dinámica revolucionaria en los países atrasados, pasaba por tareas y consignas democráticas. A esa caracterización la teoría de la revolución permanente agregó un análisis de clase: solo la clase obrera puede dirigir y llevar a cabo la revolución democrática, y otro histórico: la revolución no se detiene en su etapa democrática y continúa con tareas socialistas.

En China y Cuba, el proletariado no dirigió ni llevó a cabo la revolución democrática, ni inició la socialista. En los puntos anteriores, hemos tratado de explicar las razones. Pero ahora queremos plantear el problema estratégico: ¿cómo deben trabajar los revolucionarios frente a los movimientos nacionalistas y democráticos?

La Tercera y la Cuarta Internacional son muy parcos al respecto. Por otra parte la burocracia stalinista frustró las posibilidades de desarrollar una estrategia. El segundo y el cuarto congresos de la Internacional Comunista [la Tercera], nos dan algunas indicaciones, que son contradictorias. Empiezan, por ser oscuras en la definición de los movimientos nacionalistas, al dividirlos en burgueses y revolucionarios, sin especificar sus diferencias. Por otra parte, la famosa táctica del frente único antiimperialista, tiene mucho de famosa, y poco de precisa. Sabemos que es una táctica paralela a la del frente único obrero, de mero acuerdo defensivo entre las organizaciones nacionalistas y comunistas ante el imperialismo, y réplica del acuerdo entre organizaciones distintas para defenderse de la burguesía o el imperialismo, utilizado en occidente. El acuerdo, en todos los casos, es limitado, episódico y circunstancial. De acuerdo a las resoluciones de los congresos citados, el partido comunista debe mantener celosa e intransigentemente su independencia frente a los movimientos nacionalistas a los cuales debe apoyar frente al imperialismo, suscribiendo acuerdos.

Bajo Lenin, y con la tibia oposición de Trotsky, la Tercera Internacional resolvió practicar el entrismo en el Kuomintang chino. El encargado de hacerlo fue un comunista holandés que había realizado la misma experiencia, y con gran éxito, en un movimiento nacionalista religioso indonesio, desde la primera guerra mundial.

Con el panorama de estos datos queremos demostrar la debilidad de las resoluciones de la Tercera Internacional sobre el problema nacional.

Actualmente, creemos que el problema debe plantearse en los siguientes términos: ¿puede ser para los revolucionarios un frente de trabajo tan o más importante que el movimiento obrero, los movimientos nacionalistas, campesinos o democráticos?

A nuestro juicio, la realidad ha dado su respuesta: en efecto, en determinados países y circunstancias, el principal lugar de trabajo es el movimiento nacional o agrario. Practicar el entrismo en ellos es tan fundamental como hacerlo en los sindicatos, soviets, o en el Partido Laborista inglés. Esta actividad es una réplica exacta de lo que se lleva a cabo en las organizaciones y movimientos obreros de occidente.

La independencia política y organizativa de los marxistas dentro de ese movimiento, es un requisito indispensable, y además el trabajo, debe combinarse con el trabajo sobre el movimiento obrero, futuro revolucionario del movimiento nacionalista.

Concretamente, así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución permanente, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos: no solo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos y organizaciones democráticas o agrarias. Es una obligación estar allí, y dar una tónica consciente a esa posibilidad revolucionaria. §